VÍCTOR RODRÍGUEZ NÚÑEZ
DANIEL CALABRESE



INTEMPERIES O UNA PIEDRA COLGANDO DE LAS NUBES

ESPECULARES
POESÍA IBEROAMERICANA

VOL. 1



Especulares: Poesía iberoamericana, 1

La colección *Especulares: Poesía iberoamericana* nace con el objetivo de fomentar la proyección poética iberoamericana, establecer un diálogo entre los diversos países, indagar en los nuevos cánones poéticos y realizar un aporte informativo y didáctico en el ámbito de la educación universitaria, de la educación secundaria y primaria obligatorias.

DIRECTOR DE LA COLECCIÓN

Julio César Galán (Universidad de Extremadura)

COMITÉ CIENTÍFICO

María Ángeles Pérez López, escritora y profesora de la Universidad de Salamanca.
Marisa Martínez Pérsico, escritora y profesora de la Universidad degli Studi di Udine.
Eduardo Espina, escritor y profesor de Texas A&M University.
Carlos Katan, poeta y crítico.
Mario Martín Gijón, escritor y profesor de la Universidad de Extremadura.
José Soto Vázquez, profesor de la Universidad de Extremadura.
Joseba Buj, ensayista y profesor de la Universidad Iberoamericana.
Antonio Ortega Antón, escritor y crítico en Babelia.
Eduardo Moga, escritor y crítico literario.
Juan Andrés García Román, escritor y profesor en la universidad de la Rioja.
Valeria Sandy, escritora y gestora cultural.
Sandra Benito, escritora y profesora de Educación Secundaria.
Gema Borrachero, crítica literaria y profesora de Educación Secundaria.
Olivia Oropeza, poeta.
Pedro Derrant, poeta.

INTEMPERIES O UNA PIEDRA COLGANDO DE LAS NUBES

VÍCTOR RODRÍGUEZ NÚÑEZ
DANIEL CALABRESE

INTEMPERIES O UNA PIEDRA COLGANDO DE LAS NUBES

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA
Cáceres 2025

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA

© Los autores
© Universidad de Extremadura para esta 1ª edición

Edita: Universidad de Extremadura. Servicio de Publicaciones
Plaza de los Caldereros, 2 - Planta 3ª. 10071 Cáceres (España)
Tel. 927 257 041; Fax 927 257 046
E-mail: publicac@unex.es; https://publicauex.unex.es

I.S.B.N.: 978-84-9127-313-4
Depósito Legal: CC-000035-2025

Impreso en España - *Printed in Spain*

Maquetación e impresión: Control P. 927 233 223. estudio@control-p.eu

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Presentación de la colección *Especulares: Poesía iberoamericana*

Julio César Galán

Este libro *intemperies o una piedra colgando de las nubes*, de Víctor Rodríguez Núñez y Daniel Calabrese, inicia una nueva colección a cargo del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, titulada *Especulares: Poesía iberoamericana*.

Esta colección tiene como objetivo realizar publicaciones que recojan diversas opciones entre las que se encuentran el «cara a cara» de dos poetas iberoamericanos actuales; o dos poetas de otros países pero que sean hispanoparlantes; o antologías poéticas de varios autores del contorno iberoamericano; o la de dos autores, uno de la Edad de Plata de la poesía española (generación del 27) y otro del ámbito iberoamericano actual para que haga una lectura sobre la vigencia y actualidad de dichos poetas.

Todos ellas tendrán una introducción divulgativa que puede ser una presentación recíproca entre los dos poetas elegidos actuales o realizada por especialistas en la poesía de la generación del 27. Se incluirán también una selección de poemas de los autores elegidos a modo de antología y un apéndice de actividades didácticas cuyo objetivo es promover la educación literaria para crear buenos y competentes lectores. Este apartado será realizado por docentes de educación universitaria, secundaria o primaria.

Con ello hemos querido establecer un tipo de publicaciones más enfocadas a la enseñanza y pedagogía en el ámbito escolar y académico, principalmente dirigida a la educación universitaria y secundaria, aunque también podrían tener cabida en el espacio de la educación primaria. Pero siempre con un afán de difusión, de dar a conocer nuevos poetas y de contagiar a los alumnos el amor por la poesía y por los libros en general.

Dicho esto, y de un modo más concreto, para iniciar nuestro camino hemos elegido a dos de los mejores poetas actuales iberoamericanos, el cubano Víctor Rodríguez Núñez y el argentino Daniel Calabrese. Ambos avalados por publicaciones en las mejores editoriales de poesía, premios de renombre y admirados e invitados a múltiples festivales, coloquios y congresos.

Sus bio-bibliografías y sus obras hablan por sí mismas. Las selecciones de poemas son amplias y dan una visión bastante completa de su creación poética. Ambas recopilaciones de poemas sirven para situar a los futuros lectores y expandir la poesía iberoamericana, nuestro principal objetivo.

Terminamos esta obra con dos apéndices didácticos realizados por los profesores de Educación Secundaria Obligatoria, Gema Borrachero y Dionisio López, quienes establecen distintas posibilidades educativas para todos los docentes que quieran aplicarlas en sus aulas.

Índice

Presentación de la colección *Especulares: Poesía iberoamericana*
por Julio César Galán 7

Dos poetas cara a cara 13

Con un poco de agua clara y una luz a tiempo
por Daniel Calabrese 17

intemperies. Poemas de Víctor Rodríguez Núñez 25

fábula 27
prólogo a la arboleda perdida de rafael alberti 28
hipótesis 29
con raro olor a mundo 30
complejo de culpa 31
instantánea 32
¿arte poética? 33
ingeniería naval 34
drama de marco polo 35
nocturno de madrid 36
entrada 37
bogotano 38
elogio del neutrino 39
actas de medianoche i 41
uno 41
actas de medianoche ii 43
ocho 43
once 45
intemperies 47
afueras o la marmota se harta de crepúsculo 49
deshielos 1 / 3 / 6 / 20 / 35 / 90 / 97 53
[la seta en el montón de limadura] 5 / 7 56
[ninguna calle llevará tu nombre] 11 58
malecón 59
vuelo 2 60
27 mallard pointe 61

paseo del prado 62
el cuaderno de la rata almizclera 63
1 / 5 / 32 / 35 / 50 65
[de ti saldré filoso como estoque] 67
timavo 72
masatepe 73
sremski karlovci 74
catedral de lund 75

Calabrese o cómo contarle la foto a un ciego
por Víctor Rodríguez Núñez 77

Una piedra colgando de las nubes. Poemas de Daniel Calabrese. 85

Prodigio 87
Allá en lo alto 88
Acostarse en la tierra y volver a sentarse 90
El ahogado 91
Método para calcular el tiempo 92
Cerca del puerto 93
Los sonidos inaudibles 94
Una carrera con Platón 95
El tanque australiano 96
Las diferencias entre mi padre y Kerouac 98
Calle uno, fiat lux 99
El exactor 100
La caída 101
Ceda el paso 102
Los olores del pueblo 103
La enumeración 104
Allá a lo lejos 106
El Regresador 108
Intocable 109
Bocas 110
Apogeo 111
El rastro 112
Profundo y espurio 113
El primer déjà vu 114
Tampoco hay que tener prisa 115
Voces de mando 116
Peces del aire/ pura sed 117
Teatro Infantil 118
Conocimiento 119
Mi madre metió un pie en el barro 120
Tubos de gas 122
El lingote de hierro 123

Contarle la foto a un ciego 125
Perdón 126
Los demolidos 127
Segunda 129
El blanco 130
Yo le di muerte a una torcaza 131
Ruido de llaves 132
El punto fijo 134

Apéndice didáctico 135

Actividades didácticas a partir de poemas de Víctor Rodríguez Núñez 137

Actividades didácticas a partir de poemas de Daniel Calabrese 143

Dos poetas cara a cara



Víctor Rodríguez Núñez (La Habana, Cuba, 1955) es poeta, ensayista, traductor, periodista y catedrático. Ha publicado dieciocho libros de poesía, casi todos premiados y reeditados, siendo los más recientes *despegue* (Premio Fundación Loewe, 2016), *el cuaderno de la rata almizclera* (2017), *enseguida [o la gota de sangre en el nivel]* (2018), *la luna según masao vicente* (2021) y *errática* (2023). Han aparecido libros o antologías de su obra en doce países de lengua española, y en traducción al alemán, árabe, bengalí, chino, coreano, francés, hebreo, inglés, italiano, macedonio, neerlandés, portugués, rumano, serbio, sueco, turco y vietnamita. Ha leído sus poemas en eventos literarios en más de cuarenta naciones. Durante la década de 1980 fue redactor y jefe de redacción de la influyente revista cultural cubana *El Caimán Barbudo*, donde publicó numerosos trabajos sobre poesía y cine. Una selección de sus entrevistas con poetas hispanos se encuentra en *La poesía sirve para todo* (2008 y 2023). Compiló tres antologías que definieron a su generación, así como *La poesía del siglo XX en Cuba* (2011). Ha realizado ediciones críticas o estudios sobre Julián del Casal, Dulce María Loynaz, José Coronel Urtecho, Emilio Ballagas, Cintio Vitier, Ida Vitale, Jorgenrique Adoum, Juan Calzadilla y Francisco Urondo, entre otros poetas. Ha traducido poesía tanto del inglés al español (Mark Strand, C.D. Wright, John Kinsella) como del español al inglés (Juan Gelman, Antonio Gamoneda, José Emilio Pacheco). Doctor en Literaturas Hispánicas por la Universidad de Texas en Austin, es Profesor Emérito de esa especialidad en Kenyon College, Estados Unidos. Para más información, ver: victorrodrigueznunez.com.



Daniel Calabrese (Dolores, Argentina, 1962) es poeta y editor. Reside en Santiago de Chile desde 1991. Su primer libro, *La faz errante*, obtuvo el Premio Alfonsina Storni (1990) en Argentina. Le siguieron *Futura ceniza* (1994), *Escritura en un ladrillo* (japonés/español, 1996), *Singladuras* (inglés/español, 1997) y *Oxidario* (2001), premiado por el Fondo Nacional de las Artes en Buenos Aires. Su libro *Ruta Dos*, de amplia repercusión crítica, obtuvo el Premio Revista de Libros en Chile (2013) y se publicó en la Colección Visor de Madrid (2017) con prólogo de Raúl Zurita. La versión italiana (2015) fue nominada al Premio Camaiore Internazionale entre las cinco mejores obras extranjeras. Su más reciente libro es *Compás de espera* (2022), basado en su experiencia como soldado adolescente durante la Guerra de las Malvinas. Sus libros de poesía y antologías personales —la más reciente: *Un cielo para las cosas*—, se han publicado en más de diez países. Parte de su obra está traducida al italiano, inglés, francés, portugués, rumano, búlgaro, griego, chino y japonés. Es fundador y actual director de *Ærea. Revista Hispanoamericana de Poesía* y miembro del Consejo Internacional de la Fundación Vicente Huidobro. Para más información, ver: www.daniel-calabrese.com.

Con un poco de agua clara y una luz a tiempo

La poesía de Víctor Rodríguez Núñez (La Habana, Cuba, 1955) nos mira con un ojo puesto en cada siglo, condición que resulta muy atractiva, tanto para quienes se formaron bajo la incidencia dialéctica de tradición *versus* vanguardia, ya cristalizadas sus líneas de descendencia —o ascendencia, según se mire— que desde Latinoamérica signaron, entre otros, Vicente Huidobro y César Vallejo, como para quienes se asoman a la poesía en este momento álgido junto a la irrupción de los algoritmos de lenguaje natural y del arte sintético con que la inteligencia artificial amenaza ejecutar, ahora sí, la tan referida «muerte del autor». Se suele repetir de forma audaz (o maquinal) que Octavio Paz no podría haber «existido» sin Huidobro, ni Alejandra Pizarnik sin Vallejo, aferrados a aquella idea del tiempo lineal donde se jerarquiza el «antes». Pero cuando el árbol vuelve a dar semillas, comprendemos la diferencia entre *origen* y *principio*. Víctor Rodríguez Núñez «existe» de manera única en ese contexto que llamamos poesía escrita en lengua española y es un ejemplo de lo contemporáneo: lo comprobamos en sus obras escritas y dialogantes con su entorno en Cayama, el Macondo íntimo de su Cuba natal, o en otros que se espejan en cualquier parte del mundo y nos recuerdan la importancia que tiene la universalidad en la poesía, esa conciencia tan escasa que nos permite entendernos sin hacer sinapsis, que se revela como la imagen de un estereograma y parece estar más allá de los límites y del calendario, y por supuesto de la lengua.

A propósito de este inusual don de la ubicuidad en poesía, su obra *errática*, que es una verdadera poética del viaje, nos recuerda que las palabras, además de nombrar objetos y acciones que ayudan a definir la realidad, encierran una dimensión espiritual.

Milarepa, poeta y místico tibetano del siglo XI, escribía sobre lugares lejanos sin necesidad de salir del templo, lo que se conoce como capacidad para experimentar la «visión pura». Bajo esa misma clave perceptiva pero con un autor de mente y cuerpo presentes en cada lugar, los poemas

peregrinos de Víctor Rodríguez Núñez trazan un itinerario y parecen estar ajenos a las coordenadas que nos ciñen a esta dimensión: su poesía traspone tiempo y espacio, desde el Estrecho de Bering a una parada rural de autobuses en Gales, desde Struga —«de nuevo nada nuevo / en esta irrealidad»— a Mazatepe, y regresar de súbito a Macedonia del Norte para preguntarse en las orillas del lago Ohrid, ante el Monasterio de San Naum, si acaso este es «el paisaje que los muertos no olvidan». Vamos de polizones en la maleta y a través de sus ojos vemos a cada sitio convertirse en un país quimérico. El autor nos señala que la belleza, cuando se encuentra, aparece en esos rincones inesperados y utiliza imágenes poderosas para crear una atmósfera contemplativa que nos invita a dudar de la propia existencia y nuestro lugar en el mundo, ya sea en Estocolmo, «con un sol bajo cero», en Managua, donde «sopla un viento sin puntos cardinales», o en Galveston, «el sitio que serás si no te apuras»: Baudelaire había escrito en el poema «CXXVI El viaje», de *Las flores del mal*, sobre el tiempo: aquel «enemigo vigilante y funesto» que «pertenece a los corredores sin respiro». El viaje está adentro y afuera a la vez. Podríamos decir que somos viajeros pero también somos el viaje.

No es sencillo abordar la poética de un autor de registro tan extenso, incluido el geográfico, pues convive con otros idiomas y latitudes: se trata de uno de los poetas latinoamericanos contemporáneos más traducidos, tanto en Occidente como en Oriente. Nada resulta ajeno a su clave de inspiración, cosa que podemos ver no solo en el citado *errática*, sino a lo largo de su obra que invariablemente está imbricada con la experiencia de sus numerosos viajes en los que su poética transforma la realidad y, a la vez, la realidad transforma su poética. Un diálogo incesante de ida y vuelta que nos permite comprender el principio de la reversibilidad: así como el agua se transforma en vapor y el vapor se transforma en agua, por medio de su lectura podemos mutar nuestro estado de conocimiento absoluto e intuitivo. Reverso contiene la palabra «verso», que proviene del latín *versus* y tiene una interesante derivación espuria del uso inglés para decir «en contra», aunque originalmente significa «dirigirse hacia» (también «fila», «surco») y esto nos hace sentido por su capacidad de guiarnos, mediante el ejercicio de la poesía, hacia esa *otra* realidad que el autor alcanzó a explorar y de la que únicamente él conoce los mapas: «el mundo cabe en un alejandrino», nos dice en «elogio del neutrino». Al final, siempre se trata del viaje. Internarse en las palabras puede ser una

odisea y el desafío del retorno es la comunicación con la otredad lectora. Es frecuente en esas búsquedas encontrar evidencias de la verdad (y de la belleza, o lo que fuese que buscábamos) aunque después, en la acción de arte —si convenimos que un poema es un objeto de arte— y en su oficio —la construcción del poema—, sentimos que si acaso hallamos la verdad solo podremos comunicar la duda. Esto responde a la naturaleza babélica de todo aquello que se edifica a base de lenguaje, esa construcción colectiva, anónima y monumental de la humanidad, tal vez la más importante, cuyas partículas insobornables no significan lo mismo para todos. Entonces la audiencia, sus lectores, vuelven a decodificar y recodificar esas palabras, ya que cada uno las dota de sentido final en la medida de su propia existencia. La buena poesía debe resistir a su materialidad y por ende también a las traducciones. Aquí tenemos un ejemplo de aquello: esta poesía ha sido capaz de concitar el interés en idiomas tan cercanos al español como el italiano y el portugués, pero también en idiomas tan lejanos como el chino, el indi o el árabe.

Hace miles de años que hemos tratado de definir y sistematizar la poesía, y todos aquellos intentos por establecer reglamentos y preceptivas van quedando obsoletos a medida que los creadores siguen abriendo nuevas puertas a los imaginarios sin límite. No es posible la objetividad cuando hablamos de poesía, menos aún si hablamos de un poeta al que admiramos y creo que, justamente ahí, reside el valor de algunos de estos argumentos y considerandos, porque la manifestación del escenario elegido no elude la voluntad ni el afecto y pertenece a ese campo de posibilidades infinitas que nos abre caminos inesperados cuando soltamos amarras. Dicho esto, me declaro afortunado y *libre* de imparcialidad, a pesar de estar escribiendo en el contexto de una colección académica que, por fortuna, se encuentra en un tiempo y en un lugar donde se valora esta clase de libertades.

Para mí que soy su lector, que he tenido la experiencia de ser su editor (y por eso me permito rebasar los límites de esta muestra antológica en los versos citados), la poesía de Víctor Rodríguez Núñez se manifiesta desde una conciencia que excede al individuo y a la humanidad entera, como si el mundo hablara a través de su voz. Es en sí misma un *nous*, en la acepción griega de mente cósmica, aquella energía que pone en movimiento a las partículas infinitesimales que componen todo el universo, donde armonizan lo heterogéneo y los opuestos naturales.

Y aunque pueda parecer una paradoja, pienso lo anterior desde un sesgo creacionista, ya que recordamos al Huidobro que dinamitó la poesía en lengua española hace más de un siglo para sugerirnos, con otras palabras, que el mundo se hace más amplio cuando el poeta nos guía hacia una realidad que antes simplemente no percibíamos y que ahora conocemos a partir de su destello. Debo —y quiero y necesito— rescatar aquí el valor del tan desdeñado *gusto* en el arte, de modo que las explicaciones, las razones y las justificaciones sobrevivan, si pueden, en un segundo plano. Estoy escribiendo estas palabras desde una aproximación virginal, sin tener a la vista ningún ensayo, ninguna crítica, de las cientos que se han escrito y se siguen escribiendo sobre su obra. Apelo a mi experiencia de lectura intransferible, a la inquietud —o mejor dicho: la no-quietud— que me suscita su poesía y al estupor que nos provoca su destreza con el lenguaje, tan difícil de igualar. Y, claro está, me refiero a su condición de fabricante, a su *poiesis*, la que permite pasar de la no-existencia a la presencia y que antecede la *téchne*, su oficio, también indiscutible como artesano de las palabras. Reparemos en el «antes»: hace poco escuché a Víctor Rodríguez Núñez, en la ciudad cubana de Matanzas, decirle al público enfáticamente que la poesía no solo es anterior a la literatura sino también anterior a la escritura, de modo que su naturaleza sensorial puede cultivarse y proliferar asimismo en otros soportes diferentes a la palabra escrita, como la oralidad o la visualidad.

Sus poemas, incuidos los títulos, invariablemente se presentan con minúscula inicial y terminan —o no terminan— con ausencia de punto final. A veces, encierra títulos entre corchetes, lo que también nos da la oportunidad de prescindir de ellos; en otras, los sugiere cuando destaca algún verso con un atributo de letra, en negritas o itálicas, en medio de textos que une —o separa, según se prefiera— con la ligadura latina & (et), para que apenas asomen sin demasiada jerarquía sobre el resto del poema. Así, el texto es una corriente que no tiene comienzo y que no tiene fin, un flujo que brota de manera espontánea desde un manantial y luego de pasar frente a nuestros ojos se pierde en las arenas del desierto. ¿Es otra metáfora del devenir? Frente a esto, ¿subyace una visión nietzschena del ser y las cosas como abstracciones falsas del lenguaje y de la conciencia para interpretar el caos? ¿O nos sugiere el concepto de eternidad, que de forma natural relacionamos con el de inmortalidad? ¿Esta poesía podría darse en una existencia sin tiempo? Y, en tal caso, ¿tendría una duración infinita?, aunque la palabra *duración* resulte innecesaria si nos apartamos de

la naturaleza que le hemos asignado por convención a esa «ilusión persistente», como la denomina el físico británico Julian Barbour en su modelo atemporal llamado Platonia, donde cada punto del espacio es un «ahora».

Considero que toda poética que valga la pena debe tener un verbo transformador, un poder de representación alfabética que construya imaginarios capaces de expandir la realidad, aunque en Occidente muchas veces pensemos que realidad e imaginación son sustantivos excluyentes.

De su estirpe poética rescato una estética personal que no crece bajo el influjo de las corrientes sino que, al igual que las especies adaptógenas, es capaz de encontrar su propia y mejor expresión en cualquier terreno. Esto pareciera una condición basal de libertad aunque —y por lo mismo— tampoco necesita constituirse en disidencia para ejercer su albedrío. Le oí decir a un rabino que son cuatro los verbos que nos limitan la libertad: tener, poder, saber, deber (no tengo, no puedo, no sé, no debo), y que de aquella prisión se sale mediante el *Emunah*, una antigua palabra hebrea que con los siglos la civilización traduce de manera simple, práctica y casi darwiniana como «fe», «confianza», pero que en su poética original y profunda quiere decir algo así como «estar en calma sin tener todas las respuestas».

Sin embargo, la fe es tan personal como la poesía. En «sremski karlovci» leemos: «el soldado ortodoxo que echa un ojo / solo en dos dimensiones // besa al beato de la frente grávida / luego clava su velita en la arena / ese cielo de todos / los que no tienen nada // la fe del universo que se encoge / el espacio intranquilo recordado / sin tiempo como tú // en el altar barroco / se extraña la tercera dimensión / pero del polvo se levanta el cielo». Mientras en «[de ti saldré filoso como estoque]» dice: «tu templanza vence mi poca fe / desanudas la angustia del reloj / eres la eternidad / que al cabo me revela / el alivio de ser».

Podemos encontrar, a lo largo de su obra, una amplitud temática que se enuncia según su necesidad de forma, ya sea en haikus, prosa, epigramas o poemas de largo aliento, y entre toda esa variedad de composiciones siempre vamos a dar con algunos poemas *perfectos*, si fuera admisible un adjetivo así para un texto como, por ejemplo, «instantánea». Necesidad es un sustantivo que me acude después de leerlo: se necesitan la forma expresiva con su contenido, se necesitan la búsqueda con el misterio, el azar con la intuición y el lector con el poema para que la energía se convierta en materia y la materia en energía.

Hay una responsabilidad cuando quienes escriben poesía tienen semejante dominio sobre el lenguaje; son los que saben frenar a tiempo, los que evitan el precipicio de la pasión verbal o de cualquier exceso literario. Tal vez el nivel más alto de la escritura consista en atrapar en el horizonte a nuestra propia conciencia poética. Se necesita, justamente, cierta claridad que nos permita desplazarnos más allá y más acá de las palabras, verse de *afuera*, desde esa condición tan poco abundante que es la lucidez sobre su propio oficio. Pese a esto, en «entrada», quien habla declara no saber por qué camino ha llegado hasta aquí, que solo el error puede unirnos «en esta vida harta / de aciertos y certezas» y concluye con esta afirmación implacable: «la poesía es el reino / de los equivocados».

La ironía siempre es una confesión, un síntoma de lucidez, la necesidad de separarnos de esta noción tan sublime y compleja de realidad que asumimos los contemporáneos. Y el poeta la ejerce refinadamente, a veces solo le basta colocar unos signos de interrogación como en «¿arte poética?», donde alega tener *razones* que lo obligan a opinar mal de la belleza.

La figura de la madre aparece muchas veces en este despliegue antológico, ya sea tutelando detalles emocionales como la mención que hace de su pequeña almohada en Cayama («ingeniería naval») o como un telón de niebla detrás de la escena poética («afueras o la marmota se harta de crepúsculo»), capaz de desafiar con su pupila el ojo de un huracán, y se revela como una Antígona *posible* —del modo en que la vio Yourcenar—: símbolo de lucha y determinación frente a cualquier autoridad ciega.

Entre sus poemas memorables, de esos que todo buen poeta *debe* tener, destaco «bogotano»: «yo juego fútbol con mis asesinos / me pasaron la bola / y pruebo el arco / hay más niebla en los huesos que en las calles». También «con ese raro olor a mundo»: «acaba de llegar césar vallejo / pregunta por el che y por los asnos / saluda a los ausentes / y comienza un poema sencillamente humano». Y el poema «once»: «algo más que la cópula / en la vieja escalera / del verbo con su sombra / estas notas al margen de la luz / puro texto ilegible / sin tu respiración / la noche mal escrita».

En «hipótesis», repasa una historia de creencias y percepciones del universo, hace concluir a Galileo que el amor es infinito y que tal vez el mundo gira en torno a una muchacha cuando lee ese poema. Estamos viviendo tiempos donde parece que la ciencia y la filosofía necesitan ayuda de la poesía. Justamente de eso se trata esta obra poética que habla de *nosotros* y viene a recordarnos que no debemos olvidarnos de soñar.

Finalmente, aceptamos que internarse en la poesía de Víctor Rodríguez Núñez puede ser un viaje a cualquiera de esos «ahora», sobre la configuración de escenarios irracionales que existen sin previa necesidad. Más de una vez, las descripciones nos envuelven con su prodigio y nos dejamos llevar como niños adormecidos hasta que de golpe sale de la espesura la sorpresa, el animal, el destello que nos colisiona de frente y sin aviso. Otras nos dejamos extraviar en un plano sensorial bajo capas de sentido que parecen tejer mares, noches o desiertos, porque sabemos que el guía nunca nos abandona en esa vastedad. Siempre aparece con un poco de agua clara y una luz a tiempo.

Daniel Calabrese
San Juan de Llolleo, octubre de 2024

intemperies

Poemas de Víctor Rodríguez Núñez

fábula

para Ernesto Román Orozco

ese pájaro come
a grandes picotazos el silencio
lo busca entre las hojas más deshechas
y es un escalofrío
en la única rama de la tarde

después alzará el vuelo
será una nube rauda
sobre sierras azules
donde solo florecen
mi madre y las estrellas
será el canto la víscera
el ojo ya sin dueño
lo que se vuelve polvo
piedra que se desangra
contra el arco de plomo del disparo

pero ese mismo pájaro regresa
renacido del humo y la ceniza
y se posa de nuevo
como un nido
en la única rama de la tarde

prólogo a *la arboleda perdida* de rafael alberti

cuando el cometa halley
ese viejo maleante de los cielos
cruzó a navajazos el vientre de la noche
mi abuela
que aún no era la abuela
de nadie en este mundo
soñó tener su limpia cabellera
y puso en el mortero seis huevos de gorrión
que volvió quién sabe cómo *polvo enamorado*
para rehacer su rostro húmedo
a la triste manera de la luna

pero en otro rincón de este planeta
que gira como un enjambre de avispas
cuando el cometa halley
guardaba ensangrentada de noche su navaja
un niño gaditano con ojos de bahía
quiso peinar la rauda cabellera del cielo
con su tridente de marinero en tierra firme

ha tenido que pasar desesperado el siglo
han cicatrizado las heridas de la noche
el niño no es el niño
sino un viejo
poeta del destierro que regresa
la abuela no es la abuela
sino una abeja
que aguijonea el alma
a otro niño que peina en el recuerdo
la rauda cabellera
de una noche del mundo

hipótesis

pensaba ptolomeo
que el mundo era como el ojo de ciertas mujeres
una esfera de húmedos cristales
en que cada astro describe una órbita perfecta
sin pasiones mareas o catástrofes

luego copérnico cambió senos por palomas
cosenos por espantos
y la pupila del sol fue el centro del universo
mientras giordano bruno crepitaba
para felicidad de curas y maridos

entonces galileo
estudiando a fondo el corazón de las muchachas
naufragó en el buen vino
luz que aglutina el sol
y antes de morir sobre la cola de un cometa
sentenció que el amor era infinito

kant por su parte no supo nada de mujeres
preso en la mariposa de los cálculos
en polen metafísico
y a hegel tan abstracto
le resultó el asunto demasiado absoluto

por mi parte propongo al siglo xx
una hipótesis simple
que los críticos llamarán romántica
oh muchacha que lees este poema
el mundo gira alrededor de ti

con raro olor a mundo

acaba de llegar césar vallejo
y trae quemaduras de la guerra
roto el bastón de apalear sombras
la levita turbia
como siempre de tristura

acaba de llegar césar vallejo
con su esqueleto de huesos robados
y la sonrisa seca
el corazón un nudo de pañuelo
cuarenta años de fiebre en la mirada

acaba de llegar césar vallejo
pregunta por el che y por los asnos
saluda a los ausentes
y comienza un poema sencillamente humano
con raro olor a mundo

complejo de culpa

¡Maldito el que crea que esto
es un poema!
Jaime Sabines

esta noche mi madre
se ha acostado llorando

sus sollozos hacen carbón mi sueño
de pura realidad

sobre el costado que a veces le duele
en posición fetal zenaida núñez gime

mi hermano le pregunta si los nervios
o la luna menguante o el partido

ella solo responde
que le abrasa la vida

y yo me voy para la madrugada
a conversar un rato con los muertos

¿quién ordena en el mundo
el llanto de mi madre?

instantánea

y de pronto el sillón
como si oyera
las primeras palabras de la lluvia
se está moviendo solo
en la esquina más lógica del cuarto
donde la luz es poca
y germinan unos zapatos viejos

quién lo detiene ahora
después de ese relámpago
que levanta la falda a la vecina
de ese reloj dormido
desde las nueve y veinte que despierta
de este papel con flores
para ningún regalo donde escribo

seguro de que todo es para siempre

¿arte poética?

para María Santucho y Víctor Casaus

saqué unos ojos miopes
una nariz bisiesta
unos labios que no puedo juntar
un pelo de camello
más un cuerpo de atleta retirado

también el mal genio de mi padre
el dolor en el lado de mi madre
el lunar sospechoso de mi abuela
el cólico nefrítico de todos
y hasta las fiebres constantes de mi hijo

razones que me obligan
a tener mala opinión de la belleza

ingeniería naval

la estrella del timón
recién cortada
del jardín de la noche
ese casco con algo de violín
que ha perdido las cuerdas
el mástil que florece
relámpagos entre nubes ajadas
todo gruñe en el barco
que ha pintado mi hijo

para mi padre
el capitán
escribo barcos
¿será mi padre ese sueño que tuve
cuando dormí en cayama
con la pequeña almohada de mi madre?
ellos son de papel
pero solo naufragan
cuando no arde la tinta

barcos que vienen
del fondo del océano
barcos que van
a los puertos del cielo
barcos sin rumbo fijo
de la nada a la nada

drama de marco polo

para Margaret Randall

algo he visto del mundo
las tormentas de polvo de managua
la nieve ya desnuda
en los pinares del camino a smolyan
y cómo discuten las banderas en la torre
de la universidad de puerto rico

algo he visto del mundo
las piedras encantadas de palenque
la bahía de miel
que olvidó el verano en ponta delgada
y aquella plaza roja
pintada por kandinsky

algo he visto del mundo
y eso ahonda mi pena
nada me pertenece

nocturno de madrid

esta noche no me promete nada
su color es jamás
me lo dicen los huesos que comienzan a arder
empapados de insomnio

te palpo con los dedos de la noche
celaje sin pezones
irradiación con labios
y a mi almohada suben despeinadas las estrellas

ya la noche su relámpago puro
se derrama por mí
y hasta los pies astros desorbitados
quieren dejar sus huellas en el cielo

la noche se entreabre
y entonces yo le ofrendo mi sueño fermentado
la noche sabe a nunca
pero huele a mañana

entrada

no sé por qué camino
pero he llegado aquí
hasta este raro sitio
sin casas ni paisaje
este lugar desnudo
de las piedras al alma
donde el mundo germina

quizás también tú llegas
siguiendo ese camino
en esta vida harta
de aciertos y certezas
solo el error nos une
la poesía es el reino
de los equivocados

bogotano

para Gustavo Adolfo Garcés

yo juego fútbol con mis asesinos
les disputo el balón
gano tiempo y espacio
arriesgo esta jugada individual

arracimados
sobre el pasto tenaz
de este parque escogido
los gamines se sacuden el polvo
que dios echó en su alma
y se bañan con sol
el de ruana molida
busca en la bolsa plástica
el aliento de la felicidad
y el que tiene las costillas al aire
caza como un gorrión
migajitas de pan entre la hierba

yo juego fútbol con mis asesinos
me pasaron la bola
y pruebo el arco
hay más niebla en los huesos que en las calles

elogio del neutrino

para Jesús Sepúlveda

te celebro
porque en el mundo nadie
es más pequeño que tú
y sin embargo
atraviesas galaxias nebulosas estrellas
sin reaccionar con nadie

porque aun siendo luz
puedes moverte
muchísimo más lento que la luz
o descansar inmóvil
corrigiendo
la teoría de un universo caliente

porque gracias a ti
el pasado fue solo
plasma recalentado y no cenizas
la densidad del plasma
era de billones de toneladas
por centímetro cúbico

porque nadie sabía
hasta ahora
que eras el noventa y siete por ciento
de todo
quedando solo un tres a repartir
entre hijos de puta y demases

porque gracias a ti
nadie se aleja
ya de nadie y todo tiende a unirse
y no importa que sea
en una llama dura
en un punto radiante

te celebro
porque eres
la esencia del espasmo
materia de ternura
o ese poco de nada
con que mi tía dora sus natillas

gracias a dios
no es infinito el mundo
como el verso
está hecho de sílabas
que es posible contar
el mundo cabe en un alejandrino

uno

a la memoria de Enrique Fierro

su luz sin otra música
Eugenio Florit

puerta que cierra y abre
para que tu sombra no pueda entrar
y así seguir sumidos en la luz
que todo lo embrutece
no eres línea
espiral o círculo
tú jamás has sido representada
eres tiempo vacío
en series paralelas
espacio numerado por el ritmo
sombra que se espiritualiza
luz
que sueña ser materia
de una astilla de hueso

puede hacerse la noche
un río recordado
esta frazada roja
puede formarse de una gaviota insomne
un sueño de vecino
esta orilla oxidada
de un viento obsesionado
puede hacerse la noche
un tren que no ha partido
esta luna sin sal
una luz que se apaga
debe cambiarlo todo

es algo más que la cifra de muerte
tachada a medianoche

no te encuentre sin forma
es uno de esos gestos
involuntariamente arrinconados
que se vuelven razón y nos asustan
el día menos sentido
objeto de la noche
la sombra hierve
hay salpicaduras
de ti por todas partes
ese vapor condensado en la sed
húmeda irradiación
incendio por venir
sobre todo ese aroma
de alba chamuscada […]

ocho

sombra vestida, polvo caminante
Jorge Carrera Andrade

en cayama sólo había un minúsculo
y descascarado espejo en el baño
y en él no se veía
otra parte del cuerpo salvo el rostro
para saber de ti
era mejor mirar a las ranas mirarte
y lavarse en la luz que atravesaba
las heridas del patio
soy de las muchas cosas que ladran a la noche
la lluvia que tropieza
empapada en su angustia
el ciclista que se deslíe y escupe un níspero
la piedra que delira
su helada lucidez

soy el agua después
de la caída libre de la piedra
la sucesión de ondas
originadas en el falso centro
el tronco de eucalipto
nevado de razón
el bulbo entre la escarcha
loco por germinar
el nexo con la sombra
que ni el tiempo agita
la ansiedad del invierno
por ser algo ser alguien

esa nada que silba
en esta noche donde todo importa

entre mi luz arenosa y tu sed
esta línea quebrada
en el alba la sombra gotea como un fruto
sudado de resina
yo voy y la recojo de labios apretados
para que no la piquen los vehementes
en el crepúsculo madura la claridad
es lógica olorosa
yo voy y abro la puerta para que salga entera
y quede algún alivio por morder
he invadido este margen
donde siembro tu hogar
es una doble vista sin pulir
al nuevo desconcierto de las ranas […]

once

para Alex Fleites

debe abrir el silencio
con su llama desnuda
João Cabral de Melo Neto

[…] noche disociada
que se repite
mester de extranjería
elevado en un sótano calcinado de frío
luz piramidal
arenas contadas
irregular columna
que sostiene la ausencia de crepúsculo
no sé leer las rocas
no sé escribir la nieve
solo busco la lengua
que le enseñé al olvido
vine a guardar silencio
no hay nada sino estar

a un lado de la noche que no pasará en vano
escuchando a la nada
su espléndido discurso
sobre el ser
ni una sílaba más por desgranar
la penumbra recupera el aliento
ordena el desvarío
no hay una sola muesca
en su rostro de firme palidez
ni una cicatriz por donde se filtre
el lúcido rocío
y no hay luz que ensombrezca

el relumbre de tanta oscuridad
lo dejo todo aquí

ni mi sombra en la página
soy creación de la noche
desvelada materia
que se afirma a sí misma
algo más que un bello apalabramiento
cuerpo almado
alma corporeizada
algo más que la cópula
en la vieja escalera
del verbo con su sombra
estas notas al margen de la luz
puro texto ilegible
sin tu respiración
la noche mal escrita

intemperies

la lluvia con alma de alcantarilla
el camión ambarino
que pasa echando espuma
agua venida a menos
que se empoza frente a la barbería
el ciclista sin rumbo
que solo se cubre con un bolero

aunque el trueno la nombre
la manzana no respeta la lluvia
nada espera que escampe
y todo sigue su muy seco curso
debe hacer calor en este poema
como cuando ha llovido en campanario
y del asfalto brota un arco iris

pétalos herrumbrosos
espejos donde nadie se ha mirado
y el sol comienza a recoger las sílabas
los añicos de nube
las heridas radiantes
                la convulsa ilusión
esparce sus semillas el reloj

germinan en la brisa
que solo han removido tus caderas
la palma sobre el muro
                el cantero de tilo
todo va a florecer
si la lluvia cumple sus amenazas
vuelve a cruzar el camión amarillo

tolvanera de música
hace un sol sin pulir
sobre el banco de la carpintería

relumbra el policía vigilado
desde la cuartería que se apresta al bembé
mas la lluvia cumple sus amenazas
cuando dice a llover

la selva de recebo
arroja sus mamíferos
una capa morada
puede ser un signo de distinción
una letra en cursivas
menores y mayores se pelean el chorro
de una canal en uso

por milagro sin dudas
alguien sobre un cartón
hace surf en las olas
de la calle san lázaro
es el único instante
en que sabemos que resistirán
las ruinas del futuro

afueras o la marmota se harta de crepúsculo

la montaña contra un cielo asonante
a punto de cuartearse en su fijeza azul
aire que cristalizan cedros de hulla
y caballos que se espantan el frío
en lugar de las moscas
los gansos cartesianos
avanzan como sílabas
al borde del soneto figurada laguna
y rompen formación
al cruzar el galanto
de un encabalgamiento zanja ciega

todo aún por hacer
el signo que se filtra entre tres gajos
que el viento esencializa y corrige la nieve
tientan las ranas la única cuerda
que le falta a la noche
repleta con flores amarillas la marmota
ha vuelto a ser pulsión
ayer cayeron hastiados sicómoros
y estorninos en vuelo
alborotan la sombra que calcina
¿el miedo que regresa espantado de afuera?

contra el cristal resuellan los venados
como desasosiego ávido de papel
sin tu brillo la penumbra ya se deja oír
un temblor que cobija
el ser es inocente mas se lava las manos
el relámpago no sobresalta al puercoespín
que carga toda la lluvia consigo
las gotas ensartadas en las púas
no dejan de irradiar entre la sombra
el miedo su osamenta
al filo del maizal en ausencia de nieve

la muerte es una ardilla sobre asfalto
un cerro contra el cielo que se aprieta
voy a arrancar un sauce en cada esquina
el agua sin destino
no deja de gruñir entre las rocas
la hierba sobre ti es una errata
esa caligrafía copiada de los robles
que el invierno deshuesa
alarma de tornado
las luciérnagas
no cambian su rutina

sigilo entre las briznas de sirena
la ardilla atropellada
abriéndote camino
a la hierba le queda la memoria
de su verde futuro
por eso es que resiste
el furor pesimista de la escarcha
árida primavera con tulipanes negros
que los ciervos rumian bajo la luna
en el alma del hielo la corriente
es un remordimiento

el sol entre la niebla que escapa de las tibias
jamás acariciadas
el paisaje promiscuo y en su centro
la mancha de pureza de un estanque
los patos dormidos en el torrente
te imaginan abierta sobre la grama añil
la tojosa en la nieve desafina
como niña sin dientes frente al piano
sobre el hielo engreído
la marmota se harta de crepúsculo
palabras de mi madre

como si te olvidaras de algo puesto al fuego
el tizne enardecido
no se detuvo ante las falsas cruces
transgredió las ventanas
la música de las contradicciones
su elipsis de ceniza
todo el viento del mundo
no podía remover la sombra descompuesta
sus coágulos filosos
el vacío inundó las partes bajas
y fue necesario animar la luz con rezos

mas no hubo oración capaz de amedrentarte
volvió la calma cuando con su pupila sola
mi madre desafió
el también absoluto ojo del huracán
la nada en los calderos
todo por contemplar
el hálito que amella su cuchillo
en las piedras insomnes
y la luna que amuela sus heridas
en áspera mudez
ni galaxias ni gases ni materias oscuras

incoherente agujero como ombligo del ser
crece en la constelación de eridanus
al sureste de orión
a más de un semillero de años luz
el justo mapa de las radiaciones de fondo
mostraba en ese punto su tenue mancha fría
y lo reafirma el eco de microondas cósmicas
que siguió a la creación del universo
esa débil señal que resuena desde el big bang
la manzana no tiene segundas intenciones
pero sin ilusión se acaba el mundo

un pájaro del sur
picotea semillas que retan al invierno
y me mira desde su emplumada indiferencia
su vértice de lumbre para que no olvidemos
la honda lejanía
se ha oxidado el conserje entre la niebla
su lámpara amarilla ya no espanta las sombras
en la espera hay un ojo que se mira
la nieve del instante no deja de caer
la vela desbordada el último volcán
afuera la tormenta y los obreros discuten

el aire se desploma a sí mismo se dicta
hasta la hormiga sabe que rima con fatiga
en la espalda del fuego ¿quién escribe?
el azar es mi acierto
como el pato de cabeza en el agua
la sed es la corriente el hambre la adherencia
el pato indaga en la dura fluidez
y su plumaje umbrío
hace brillar todo el ser congelado
la forma es ideológica
con la contemplación el mundo cambia

deshielos

1

hay un círculo de tierra caliente
donde reina la hierba
no se atreve la escarcha
la nieve dura menos que el amor
en el mismo corazón del invierno
esta úlcera verde
todos pasan de largo
obsesionados con su intrascendencia
yo no voy ni regreso
me paro allí reverbero el vacío

3

te abandona la luz
entre los girasoles que se encienden
las banderas empercuden la brisa
el estar se coagula
del estanque se levantan los gansos
y vuelan en escuadra
a su imagen
todo sigue los rastros del sol
salvo la mariposa
que inesperadamente se posa en una sílaba

6

cuando la lluvia envidia
se hace nieve
y se tiende sobre el bosque desnudo
que la recibe gris
enmarañado

como todo principio toda fe
el bosque se embellece pues la envidia
no se va por las ramas
arde como la brea
el único final es el placer

20

extraños animales estas hojas
que hasta el árbol olvida
pero se angustian en este rincón
donde el vacío cruje
no el verano del indio
que borra palideces
moretones del alma
ni el norte que jadea desde el fémur
en discreción se agobia
acalla su destello

35

dos pájaros en uno
posados en la orilla
el real pica la noche
que fluye inconsolable en la nevada
su sed es negativa
lo comprende la luz nos abandona
el reflejo no imita
porque se bebe un pájaro
las dos alas permiten con el tiempo
ser uno en este sauce

90

los vaporosos signos
resquebrajan las paredes del baño

las pieles se sacuden
la ternura
que en remolino cae
los cuerpos se revelan
al denso vacío
descuartizados
pero la belleza restablece la unidad
gotea transparencia

97

hacer como la nieve
indecisa en silencio acompañando
desatar una elíptica
al sistema lunar
una vuelta completa
la gracia del rigor
regresar a la isla
que flota en el vacío
y jamás olvidar
que en el espejo la imagen respira

[la seta en el montón de limadura]

y en una sala del Louvre, un niño
llora de terror a la vista del retrato de otro niño
César Vallejo

5

en las encrucijadas hay un olor a madre
sudor cristalizado
penumbras en almíbar
un fehaciente cuchillo

entre latas sarrosas
para café y manteca
hay un sabor a madre en las encrucijadas
melazas en su luz

alma de arroz con leche
un cuchillo que corta todo menos la esencia
guayaba del perú

que maduran las moscas
el filoso destino de una madre
que se puede envolver entre hojas de plátano

7

un perro ante un librero
en medio de las ruinas transparentes
el librero fue una obra del asma
había sitio para la vieja alcuza

el manojo de albahaca el sebo de carnero
pero la casa se cuajó de libros

el mal genio del polvo
la gotera puntual imprevisible

el perro fue una obra de nadie
era un buen nadador
lo hacía todo hasta el último aliento

le mordieron la oreja en la manigua
se lo comieron vivo los gusanos
hoy haces cualquier cosa por no aullar

[ninguna calle llevará tu nombre]

Debajo de las multiplicaciones
hay una gota de sangre de pato
Federico García Lorca

11

desde un granero rojo
atestado de cosas olvidadas
pero útiles aún
principios a los cuales se puede sacar punta

y ponerse a sembrar
conciencias que pierden el orín cuando las vuelves
a usar en el despaje
desde un granero rojo

que se inclina a la izquierda
parece derrumbarse pero no
y empieza a ser tomado por el monte

pero que aún resguarda
de la nieve y el tizne
pregúntale si no a las golondrinas

malecón

el ruso con arpón y la santera
pisan fuerte sobre la savia de flamboyán
no hay sentido común
solo hollar la belleza

él ensartará su cubera de oro
coleando en el agua enjabonada
ella se casará con su turista
encantado con la asimetría de los pechos

todo en la misma tarde
en que el sol decidió quedarse fijo
sin embargo la lluvia se apersona

se filtra entre las ruinas
cuando la noche vuelva encontrará
desilusión en sal

vuelo

2

entre las nubes nadie es extranjero
latitud de la lengua
longitud de la sangre
materia que se piensa y contradice

agua vapor escarcha
rápido de los andes témpano de noruega
lágrima de caimán
transpiración

nunca tropiezas con la misma gota
con el otro carámbano
sino la turbulencia que entrecruza las penas

su comercio intangible
estela de lo informe
eres el compatriota de las nubes

27 mallard pointe

de súbito en tu casa
que ya no reconoces
ni te reconoce peor aún
aunque has dejado fibras de adn

en todas sus aristas
y has cargado contigo varios cielos
algún fondo de mar
ya ves no te será dado volver

a orillas de este lago imaginado
se olvidará tu lengua
se dirán cosas con letras inútiles

no te quites esa sombra arrugada
ni la mirada zurda
aquí también eres un extranjero

paseo del prado

este país se nos fue de los pies
y tomó otro camino
con su densa rutina
que ni una rumba puede alebrestar

mulatas legendarias
abanican la espera maduras de calor
y chinos hacen cola sonrientes
a las puertas de nada

país de reguetón doble moneda
estridencia ideológica
donde lo único decente es el sol

país alzado en ruinas triangulares
sin aire en la escalera
que ya no queda aquí ni regresa contigo

el cuaderno de la rata almizclera

1

por un cuello de abrigo sale el sol
la luna vuelve por la chimenea
hace el resto la lluvia
con su densa solución unitiva
la piña y el fenómeno
la esencia y el ciprés se corresponden
ante tu desnudez la luz se oculta
la sombra se revela como piel
en la esquina celeste acorralados
perros que nada puede desunir

lunas por todas partes
con deseos de no perderse nada
no hay más que paja seca
aura de serranía
en la brasa el cabrito que arrastraba el arroyo
soles desempañados por el vino
por la ginebra turbios
el arpegio y la imagen se sacan a bailar
la memoria en jirones
del que no estuvo allí pero se acuerda

5

para Jean Portante

con su carbón la rata
puede atizar el brillo
y apagar la mudez
imagen en astillas
mensaje que fluye a contracorriente
con su cisco la rata
ante el viento en jirones hielo crudo
lunas que no desisten

la nada se da vuelta
forma comprometida

¿y la gracia almizclada
en los soles que no pudieron ser?
¿cuando el hielo devela
la nerviosa osamenta de las cosas?
¿vigilaba latente
a recaudo de toda condición?
¿cuando el torrente cuaja
al pie de la impureza de los sauces?
¿agitaba en el sueño sumergido
las ondas del estar?

32

para Jorge Boccanera

la lluvia no te deja
conciliar el silencio
y se resuelve en una tos nublada
un seco escalofrío
nada que completar
se evaporan los rostros
y estañan el espejo
donde todo se oculta de sí mismo
tosco bandoneón
el arroyo te quita la palabra

la afonía es la lengua de la muerte
que no puede callarse
una espuma maciza
movilizando el polvo de raíz
todo el líquido arrojo
a tu sed desbordada
armonía de cuarzo
soledad con buen juicio
pero si escuchas bien
la muerte trina

35

ante el menor descuido de la nieve
retoña el enemigo
lobos raposas linces
sus rizomas se injertan
en la objetividad palabra mágica
sus frondas se remecen
en el procedimiento
hechizo numeral
cuando el olvido nieva
es la primavera del enemigo

salirse de esa órbita
su madera imantada
cocodrilos serpientes esturiones
en vez el cardenal que lleva un girasol
en su nocturno pico
la estela de una luna renegada
en su claro de miedo
la rata almizclera que se zambulle
en medio de la sed
asimétrico y punto

50

para Linda Metzler

araña encenizada
que te dejas caer
con hilos impacientes sobre un pecho
si el sueño diera vuelta
no serías memoria
oponente
mancha imperceptible sobre la sábana
es mejor escaparte en una elipsis
hacia la intrascendencia
ese escondrijo

la araña que en la noche
urde la simetría de su tela
para enredar el día
y entrar viento en razón
la araña que se arriesga
entre los dos alambres
donde penden
las hambres del pardal
la araña que se oculta
segura de que algo no fue en vano

[de ti saldré filoso como estoque]

las pequeñas derrotas
que traen las crecidas
se acumulan al borde de la dulce corriente
forman playazos donde los caimanes
al rumor de los lotos
se prendan de la luna
y la arena se agita
con el sabor profundo de tus ganas

como no tengo forma te penetro
serás mi basta funda
de ti saldré filoso como estoque
tu templanza vence mi poca fe
desanudas la angustia del reloj
eres la eternidad
que al cabo me revela
el alivio de ser

soñaste con mi muerte
me confiesas sin culpa en el café
desde el extremo opuesto de la luz
te despertaste para poner fin
al abierto final
y todo se congrega proletario
como un arcoíris
en el rotundo haz de la mañana

máquina de parir
eficiente y robusta
dan ganas de tornar
no al vientre de la madre sino al tuyo
calabaza embrujada a mediodía
dichoso quien te erice
se alimente de tu sal asimétrica
navegue por tus sueños

se busca desprenderse evaporarse
de este relumbre inhóspito
amor estructurado
con sereno fervor con buenas mañas
la nata y el incienso
las siestas a deshoras
el orinar sobre los heliotropos
no hay tregua en esta paz

como en tus asaltos de amanecida
me sumo a lo invisible
con un arresto que envidia la sombra
punto flexible y dócil
como el dorso cuando te vuelves runa
idea reencarnada
el vino transparenta la memoria
el norte libra el cielo de impaciencia

ya no escondes tu cuerpo
en hombrunos pantalones de pana
sus inviernos raídos
y cuando te despojas
entre el olor a brea y el lago congelado
puedo palparte el ánima
con tu desnudez se visten mis días
todas las noches hay claro de luna

si volviera a ser pez
que fuera en ti laguna de oregón
circulada por vientos resinosos
calizas transparentes
y nadar en un escalofrío a la ribera
de arenas iniciales
como nieve que se niega a sí misma
donde se invierte el mundo

tú solo buscas
cruzar los nueve puentes
desencarnar

yo también siento
compasión por las cosas
cuando no sienten

tú eres la niebla
yo el soldado perdido
en niebla adentro

&

repica fuerte
como la inspiración
el viento en fuga

la claridad
tortuga que desova
óvulos negros

y ser por fin
alguien en tu experiencia
que no imaginas

&

huesos taínos
en la cueva estrellada
nunca estás solo

estalactita
piedra que engendra el agua
con su ceguera

luz en girones
el murciélago escruta
tu corazón

no tengo nada
que ofrendar a la luna
salvo mi muerte

la lengua afilo
en rebabas de historia
sin maldecir

no es abstracción
sino mi sal que calma
su negra sed

&

la luna es bella
porque recuerda el rostro
de la vecina

llovizna en ráfagas
¿igual que yo de mí
piensas de ti?

la arcilla pura
es bella porque quiere
ser de otra forma

&

página en negro
si yo fuera la luna
me borraría

una parábola
mientras el ser contempla
la nada actúa

página en blanco
solo puedo encontrarme
donde no estoy

sombra madura
que sabe hacer las cosas
la muerte es fiel

otro haikú
¿para rajar la luna
de un solo tajo?

luz veleidosa
ya sabe que la vida
es su reflejo

&

cero a la izquierda
un guajiro me mata
mas sobrevivo

última noche
en el albor la hierba
brilla sin lágrimas

yo no soy yo
esta oportunidad
me da la muerte

&

haikú dialógico
la lluvia arde en la piel
es otro fuego

queman tus ojos
¿qué será del carbón
si no lo miras?

como el silencio
el fuego no se calla
y nunca miente

timavo

este río con roña
en fuga de sí mismo
que apenas fluye en la cartografía
el mar no es su destino

resurge de la sal
como sueño del revoltoso adriático
signo que endulza el sol
plateadas espinas

donde clavar los ojos
el reflejo cruzado por la lágrima
el susto la intuición

su resaca en la lengua
no te perdiste al cabo
en la perplejidad estás aquí

masatepe

para Marusa Krese

saco a bailar a la poeta muerta
con su carne precisa
su resignado olor
no quiero molestarla solo salir del paso

ante la impertinencia de un alcalde
con su diploma a máquina
su rollo de pintura primitiva
extáticos los músicos

la desentierran solo para poder tocar
mientras le guiña un ojo el indio viejo
que se pasma a pesar de la calor

tan breve como su estro
un cáncer sin banda municipal
acaba con la vida de la muerta

sremski karlovci

para Jovan Zivlak

no habrá cielo mañana en voivodina
te acaba de caer en la cabeza
el soldado ortodoxo que echa un ojo
solo en dos dimensiones

besa al beato de la frente grávida
luego clava su velita en la arena
ese cielo de todos
los que no tienen nada

la fe del universo que se encoge
el espacio intranquilo recordado
sin tiempo como tú

en el altar barroco
se extraña la tercera dimensión
pero del polvo se levanta el cielo

catedral de lund

para Lasse Söderberg

dios no está en todas partes
ni lee lo que escribe
se queda en los rincones sin nombrar
como una telaraña

olvidado de sí
dando simétricamente el ejemplo
a veces se le enreda un moscardón
u otro cuerpo terrestre

que tiene la osadía de volar
entonces muere solo como un número
en el envés del mundo

y es muerte sin provecho
alma celeste en reorganización
dios no toleraría las arañas

Calabrese o cómo contarle la foto a un ciego

Una piedra colgando de las nubes, espléndida antología de Daniel Calabrese (Dolores, Argentina, 1962), con poemas de cinco libros publicados y tres inéditos, confirma que la poesía es una forma definida del conocimiento. No se suele reconocer que este arte esencial no solo es anterior a la ciencia, sino además que conserva su función en nuestro tiempo, al revelar los entresijos de la subjetividad humana. Como en el sugerente texto «Contarle la foto a un ciego», el sujeto poético de Calabrese trata de hacer ver algo a sus lectores, invidentes por efecto de las normas sociales y culturales, de los credos e ideologías:

> La escena que no ves es la muerte,
> pero también la eternidad de ese instante
> en el que el dios, bien al fondo,
> aparece borroso.

La incertidumbre sobre la trascendencia, simbolizada en la mención a la casi invisibilidad de dios, establece la poesía de Calabrese en el reino de este mundo, su carácter histórico y concreto. Valga aclarar que esto no imposibilita extender lo real, la realización de lo improbable, como en el poema «Las diferencias entre mi padre y Kerouac»: «Papá tenía una bicicleta roja: eso es viajar».

Sí, la poesía de Calabrese tiene su punto de partida en la experiencia sensorial, como en «Cerca del puerto» cuando advierte que: «Se llega a mezclar el humo del gasoil quemado / con la llovizna fresca de la costa». Incluso, en el mismo poema lo natural es entendido como creación poética superior: «No hay poemas perfectos / como el sol, como la sombra». Por otra parte, en esta lírica lo material y lo espiritual se interrelacionan, y son cuestionados: «Las corrientes, ¿por qué vienen? / La frustración, ¿por qué?» («Tubos de gas»). Lo esencial es revelar la relación oculta entre las cosas, una causalidad no advertida por ninguna ciencia, tarea principal de la poesía: «Con el paso del tren, el lingote / vibra y resbala / como si respondiera a un antiguo llamado» («El lingote de hierro»). Se borran así las falsas fronteras establecidas por la razón, las compartimentaciones

ficticias del pensamiento: «me quedo con el blanco / porque ahí fondo y figura son lo mismo» («El blanco»). La inspiración poética es definida aquí como ese momento de lucidez «cuando la mente coincide con el cuerpo en tiempo real, / aquello que muchos representaron / con una luz, con una esfera regular» («Perdón»). En definitiva, a pesar de su sesgo a ratos metafísico, que hable de calles entrecruzándose «y buscando el infinito / (sin embargo era una sola / y regresaba al origen)» («La enumeración»), el sujeto poético de Calabrese opta por la tierra «porque todo ahí es verdad» («La enumeración»).

La voz poética de *Una piedra colgando de las nubes* tiene en cuenta los cinco sentidos, sobre todo la vista, el oído y el olfato. En su afán de mostrarnos la realidad de una manera distinta, de echar a un lado las anteojeras de la costumbre y la ideología, confiesa que «ha visto cómo esas luces inexplicables / salen de los pajonales, / parecen ojos que vuelan juntos» («Segunda»). La vista es primordial en el proceso de estar atento, tarea cardinal del poeta: «Hay que darle al ojo. / Meter el ojo en una tubería es un ejercicio de belleza» («Tubos de gas»). En cuanto al olfato, en «Los olores del pueblo» enumera tanto los concretos como los abstractos, que al cabo predominan: «El olor del cielo, que cae. / El olor a encierro que sale de mi pieza oscura». Pero el oído, injustamente relegado en la poesía moderna, aquí pasa a primer plano: «De noche me guío por el tintineo de las llaves / como una especie de becerro que busca su guía / en los bordes del vacío, altitud cero» («Ruido de llaves»). Sin embargo, esta conciencia de lo concreto no es marca de realismo, de afiliación con la poesía de la experiencia, porque hay también conciencia de la representación. En «Acostarse en la tierra y volver a sentarse», se duele de que «El pedazo de cielo en que te viste / reflejada a la orilla del pantano / se incrustó en mi pecho como un vidrio».

El mundo representado en la poesía de Calabrese está amenazado, a punto de hundirse «en la más completa extinción» («Prodigio»). Se nos advierte que «van a demoler las ventanas, / la luz que entra por las ventanas» («Los demolidos»). Es un mundo en peligro por la negligencia: «se siente mucho olor a gas. // No faltará el desconocido que llegue fumando» («Tubos de gas»). Además, es un mundo en riesgo por la apatía, «en ese lago de cerrada indiferencia / donde cruje la cama, alumbra el televisor, / brillan los motores» («Prodigio»). Hay una crítica a la inmoralidad, como en «Acostarse en la tierra y volver a sentarse»: está bien lo que hiciste ayer y lo que haces hoy, «aunque juntos los pedazos / parecen de vidas contrarias». La desintegración es, también, de orden espiritual: «El olor a Dios,

/ cuando se empieza a descomponer y no para. // El olor del vacío» («Los olores del pueblo»). Y la caracterización de los seres humanos no es positiva, se lamenta de que «somos un rebaño violento» («Allá en lo alto»). Al cabo hay una paradójica esperanza: «Y nadie sabe qué es lo que se ha ido / pero todos creen que volverá» («Teatro infantil»); una manera de pensar el mundo más allá del pesimismo y del optimismo: «El blanco, visto así, / es una promesa. // Y tampoco se cumple» («El blanco»). En fin: «La delicada destrucción está pasando / justo ahora, / por este exacto lugar» («Los demolidos»); y el sujeto poético enfrenta un dilema moral: «No sabe si debe salvarlo / o dejar que naufrague» («El lingote de hierro»).

La opción en *Una piedra colgando de las nubes* es confrontar el sinsentido de la sociedad moderna: «El trabajo de este día consiste / en llevar una piedra de aquí para allá» («Prodigio»). Se cuestiona un mundo polarizado, esquizofrénico: «Pasan las dos mitades de un perro. / La primera lleva una cabeza normal, asustada, / la otra se disipa entre la niebla y la sarna» («Cerca del puerto»). En medio de la modernidad, supuesto reino de la razón: «Se oye un estruendo, cae un muro / y parece caer el soporte numérico del universo» («Los demolidos'). Se toma nota de la rebelión de lo natural contra lo artificial, cuyas ilusiones se desvanecen «entre la maquinaria envenenada / por la mierda de las gaviotas» («Cerca del puerto»). El pensamiento moderno no nos va a ayudar a salir adelante, a salvar el mundo: «La razón es una cuerda inútil / que nos ciñe la respiración. / La razón es una piedra colgando de las nubes» («Allá en lo alto»). Un personaje que simboliza la ideología dominante es el recaudador de impuestos, cuya manera de pensar es solo «una idea con números, nada más, / y dura sólo un momento» («El exactor»). En consecuencia, esta poesía se pronuncia contra la deshumanización consustancial a la modernidad, y en el poema «Yo le di muerte a una torcaza», cuando la persona atenta contra la vida, concluye que de saberlo la madre: «me habría perdonado. / Sin que me diera cuenta, / se habría puesto a llorar».

Al sujeto poético de Calabrese le preocupa la memoria, metonimia de la historia, y su abandono en nuestro tiempo. Uno de los graves problemas que enfrentamos, en su opinión, es que «se pudren la memoria y las conversaciones tristes» («Prodigio»). No se debe olvidar el pasado, porque: «Aquello que terminó / está sucediendo todavía» («El Regresador»). Además, «porque el olvido es un fenómeno físico / y la memoria permanece / como las luces fugaces del cielo» («Mi madre metió un pie en el barro»). El ejercicio de la memoria es una acción cardinal para el hablante, como en

«El tanque australiano»; el recuerdo de la vida familiar se representa en la inmersión en el agua: «Y tuve que emerger después de muchos años. // Las cosas siguen igual pero nadie me reconoce». La identidad misma, según estos poemas, se origina en la memoria: «Y recordé cómo fui: / ausente, mecido, triste, líquido» («El primer *déjà vu*»). La memoria, por último, es fuente de poesía:

> Oigo el sonido de palabras
> recortadas por la sombra.
> Es la sangre que abandona el paraíso
> y toma la forma de este río
> sinuoso que habla. («Conocimiento»)

El punto donde *Una piedra colgando de las nubes* se parta del neorromanticismo de la poesía de la experiencia, es en la constitución del sujeto poético. Ante todo, hay una fusión del yo con la otredad: «Deseo aclarar que no fue en un río / sino en la misma tierra donde me ahogué» («El ahogado»). Además, hay un reconocimiento de la condición biológica, de: «Este animal [que] me lleva por el mundo / haciendo lo que sabe» («Allá a lo lejos»). La denuncia del antropocentrismo es radical: «El cazador se duerme junto a un fuego débil / […] Sueña que es el animal más fuerte» («Segunda»). Incluso, la persona lírica en más de una ocasión habla desde la muerte: «Alguien caminó sobre mi tumba» («El exactor»). Por otra parte, el sujeto se considera a sí mismo como un desacierto, como «un tiro sinuoso de mi fusil torcido, / un bastardo, / apenas uno de los errores del dios» («Profundo y espurio»). Se trata de un sujeto que no se basta por sí mismo:

> qué podría saber yo
> si apenas
> soy un cuerpo de agua
> secándose lentamente («Conocimiento»).

Un sujeto fragmentado, neurótico: «Cada vez que me separo en dos mitades / para alcanzarla [¿a la poesía?], muero o me despierto» («Ruido de llaves»).

En la lírica de Calabrese hay una aguda conciencia del otro, se tiene en cuenta a: «El zapatero y todos los que puedan / ver las cosas con su propia luz» («La enumeración»). Se denuncia el menosprecio del otro, la costumbre de «Ya saben: reírse de los débiles, / de los distraídos» («Mi madre metió un pie en el barro»). Se condena «la maldición de los suburbios, / la opinión chiquita de las viejas y los descaminados» («Los demolidos»). Así las

cosas: «La tristeza puede ser interminable / para el que aprende a conocer a los demás» («Allá a lo lejos»). En la relación amorosa, no entendida como posesión, el uno y el otro se funden, y permite a ambos terminar «metidos en un solo cuerpo, cuatro piernas, / dos cabezas (ese monstruoso amor)» («La enumeración»). Esta conciencia de la otredad conduce a una visión crítica de la nación, que se expresa elocuentemente en el poema «Voces de mando». Ante la acusación de «traidor a la patria», el sujeto poético denuncia la violencia consustancial del nacionalismo, y que en su visión interesada de la realidad no llega «hasta esos cuerpos / que aparecen al encender un fósforo». Se trata de una ideología basada en la diferencia del otro y, en consecuencia: «Traidor a los sueños tampoco. / Y eso que soñé con las manos oxidadas / de mi madre que aferraban un arma». En consecuencia, el discurso poético incluye a la lectora / al lector, como coautores del texto: «Los dos sabemos que el mundo / es un espejo que no hay que romper» («Acostarse en la tierra y volver a sentarse»).

La crítica de *Una piedra colgando de las nubes* se centra también en el grupo social del que forma parte el autor, la intelectualidad: no le agrada mucho «nuestro rebaño ilustrado» («Allá en lo alto»). A su juicio, la principal función social del poeta es revelar, hacer: «Que vean los oxidados / todas aquellas cosas que hay que ver» («Allá en lo alto»). El ejercicio de la poesía requiere de valor, de dedicación, como se manifiesta en «Acostarse en la tierra y volver a sentarse»:

> Pocos se animan a remover
> un vidrio incrustado en el pecho.
> Nadie ha dedicado tanto trabajo
> a desarmar una tristeza.

Los poetas, en muchas ocasiones, son «como los mudos que se expresan con la sombra» («Los demolidos»). Algunos «anotan la hora exacta / y dejan caer una piedra en el vacío del ser» («Método para calcular el tiempo»). Otros, como él mismo, son capaces de tomar una vida, «con una honda y una piedra / que parecía una palabra» («Yo le di muerte a una torcaza»). Ser poeta implica una responsabilidad social: «No basta clavar un puñal en el cielo / para desatar una tormenta» («El Regresador»). Advierte a los intelectuales que tengan cuidado: «en la ruta de la entrada / suele cruzarse a veces un caballo, / algún rencor» («Ceda el paso»).

En estos textos Calabrese nos da una de las más certeras definiciones de la poesía: «Su dolor es un sueño antiguo / donde viven las aves que

cruzaron la guerra» («Apogeo»). Y en esta misma cuerda: «Ella no aguanta el olor de la pólvora / […] cuando la niebla se llena de víctimas» («El rastro»). La poesía ayuda a resistir la guerra y cualquier adversidad social o natural: «Es hora de organizar la resistencia. […] La belleza está en la estrategia» («Allá a lo lejos»). La poesía permite advertir: «Al costado del camino / la mirada negra de las víboras» («Tampoco hay que tener prisa»). La poesía es una entidad material:

> Agua, aire, tierra y fuego:
> el ladrillo tiene los cuatro principios
> (podemos construir,
> estamos aptos para la escritura). («La enumeración»)

La poesía resulta un refugio: «Todavía nos queda una casa abierta / donde podemos dormir y ver el aire negro / raspado por las constelaciones» («Los demolidos»). Sobre la poesía concluye que, como en el caso de «El ahogado»: «Y su pedido de auxilio / siempre / llega tarde». Por eso se clama: «Escuchen. Escuchen bien, / que si prestan atención / oirán esos gritos cada vez más débiles» («Los demolidos»).

La imagen está en el núcleo, como ocurre en toda poesía notable, de *Una piedra colgando de las nubes*: «Un caballo que se mece / con la ternura de un barco» («El primer *déjà vu*»). Se asiste en estas páginas a una verdadera fiesta del pensamiento por imágenes: «La noche llovía sobre las cosas» («Mi madre metió un pie en el barro»); «Las piedras parecen un mar / que no se mueve» («El blanco»). Y la poesía ocurre, precisamente, en el momento en que el sujeto poético: «Siente que las imágenes / empiezan a saltarse el control de su mirada» («Allá a lo lejos»). O sea, cuando se libera del pensamiento dominante, del solipsismo consustancial al mundo moderno y posmoderno, y se convierte en poesía dialógica. Pero la lírica es, además, un pensamiento rítmico: «Llevo un sonido secreto y no puedo evitar / que retumbe en mi cabeza: / es el perro tomando agua» («Allá en lo alto»). El hablante presta atención a «Los sonidos inaudibles» que, si se escuchan bien, «con la cabeza apoyada en la madera, / en algún momento parecen crujir / palabras como 'espejo', 'espejismo'». Hay en todo momento una conciencia de que la poesía es un lenguaje específico, y el poeta «un hombre encarcelado por la luz, / soñando con las brasas de una palabra lejana» («La enumeración»). Y en estos poemas el discurso fluye por medio de una expresión sintética, clara y precisa, sin alardes de sintaxis ni de léxico, y a veces con leve prosaísmo, que lo distingue del neobarroco latinoamericano.

En el poema que cierra esta antología de Daniel Calabrese, «El punto fijo», se cuenta que los poetas que le antecedieron internándose «en la vida de las palabras», al cabo «regresaron ciegos». La conclusión remite a la forma: «De modo que, si hallaron la verdad, / solo pudieron comunicar la duda». De la manera en que decimos las cosas depende el sentido, o sea, la forma es activa y de ella depende en última instancia el contenido. No obstante, «Habrá más oportunidades», la búsqueda de otro modo de decir continúa; «Por eso estoy sobre la roca, / una de sus demoras prodigiosas, / esperándote». En esta poesía, una de las mejores que ofrece hoy la lengua española, se revela la tensión dialéctica entre el sentimiento y el pensamiento, proceso del que surge una síntesis útil y bella, que podría definirse como la lucidez del sentir o el estremecimiento del pensar. Así, se desnaturaliza el mundo, y se ve lo maravilloso dentro de lo cotidiano: «Esa tarde encendió el motor / de su viejo automóvil / y se acostó en el pasto a escucharlo» («Una carrera con Platón»). La causalidad se rebela ante el dictado de la razón, esa entelequia burguesa: «Se acerca para comprobar si el río ya está muerto: / todavía se mueve, entonces / bebe un poco de agua» («Allá a lo lejos»). De esta manera, la obra de Calabrese, como la de todo gran poeta, deviene un tesoro de sabiduría, y por ella sabemos que «Es milagrosa la tristeza» («Mi madre metió un pie en el barro»); «Y no es agua la sed» («El Regresador»).

Víctor Rodríguez Núñez
Madrid, octubre de 2024

Una piedra colgando de las nubes
Poemas de Daniel Calabrese

Prodigio

El trabajo de este día consiste
en llevar una piedra de aquí para allá.
Es una roca muy pesada,
más que un buey,
más que una bolsa cargada de lluvia.
Es un agujero prehistórico,
un espejo negro
a punto de tragarse el mundo.

El trabajo de este día consiste
en alzar esa piedra y depositarla
suavemente en el medio del camino
para que se detengan los ciclistas,
se detenga la música de fondo,
se detenga la Ruta Dos
a la hora señalada por las arterias rojas.

Y cuando todo esté detenido,
entorpecido por la piedra,
detenidas las generaciones ilustradas y piadosas,
detenido el amor entre las cosas naturales
y las cosas manifiestas,
el trabajo, entonces,
consistirá en sacarla de ese lugar,
levantar la piedra nuevamente, con los ojos cansados,
y enterrarla por ahí, en la nada,
en ese lago de cerrada indiferencia
donde cruje la cama, alumbra el televisor,
brillan los motores,
cae el vino adentro de la luz,
se pudren la memoria y las conversaciones tristes,
y se hunden, con la piedra,
en la más completa extinción.

Allá en lo alto

Miren hacia arriba.
La razón es una cuerda inútil
que nos ciñe la respiración.
La razón es una piedra colgando de las nubes.

Pasa un cóndor con su vuelo
lento y desgarbado.
Debe ser un viejo.
Le quedarán algunos círculos
antes de morir secretamente.
Arrastra la sombra pesada
por el fondo del valle
cientos de metros más abajo
y todavía hace temblar a muchas criaturas.
Nos observa allá, desde lo alto:
somos un rebaño violento.
Ninguna Tebas que salvar.
No hay ahora en esta tierra una sola
muralla digna para dar la vida.
Y el cóndor, me pregunto
cómo un comedor de carroña
puede llegar tan alto.
Una voz antigua me responde
como si viniera de un canto del *Inferno*:
tal vez nunca imaginaste un diablo pensador.

Hace tiempo que no veo sangre,
siglos que no mato una mosca.
Debería volver a la sed,
a los golpes imperfectos del hacha.
Pero no me agrada la especie,
nuestro rebaño ilustrado.

Que vean los oxidados
todas aquellas cosas que hay que ver,

lo que aprendimos en los barcos,
lo que pensamos con el rostro metido
en la niebla de esta sopa.
Aprendí a ensamblar un mortero de combate,
lo recuerdo muy bien: placa base,
bípode y cañón,
en menos de un minuto queda listo
para escupir al cielo.
Aprendí que el enemigo
no debería respirar dos veces.

Nadé al sol, pensé en ella.
Me hundí y me dejé llevar
por las amapolas del agua.

Debería volver a la sed.
Llevo un sonido secreto y no puedo evitar
que retumbe en mi cabeza:
es el perro tomando agua.
Ando al sol, oigo al perro de la casa.
Sueño debajo de la vieja noche
con el ruido del agua lamida por el perro.
El chapoteo se interrumpe con el paso de un tren
y luego continúa:
slap, slap,
el perro, la sed,
un reloj aplaudiendo en silencio.

Te vi llegar, eras tan turbia.
Te vi llegar.

Ahora pasa la sombra del cóndor,
el peso de la razón que todavía lo mantiene
atado a este mundo.

Silencio, bebedor.
Silencio.

Acostarse en la tierra y volver a sentarse

Está bien lo que hiciste ayer.
Está bien lo que hiciste hoy
aunque juntos los pedazos
parecen de vidas contrarias.

Los dos sabemos que el mundo
es un espejo que no hay que romper.

Un cardumen avanza como los panes
que se multiplican en la tierra
y flotan sobre el agua.
Es el amarillo negro de las muertes vivas.

A esa bolsa cada vez más pesada
que arrastramos, le decimos tiempo
y nos confirma que sí,
que todo está bien.

El pedazo de cielo en que te viste
reflejada a la orilla del pantano
se incrustó en mi pecho como un vidrio
astillado y me lastima.

Muchos andamos sobre el agua sin esfuerzo
cuando cerramos los ojos.

Pocos se animan a remover
un vidrio incrustado en el pecho.

Nadie ha dedicado tanto trabajo
a desarmar una tristeza.

El ahogado

Deseo aclarar que no fue en un río
sino en la misma tierra donde me ahogué.

El único río que llevo en la memoria
es un estremecimiento
donde las pequeñas cosas se hunden
aunque nunca llegan a desaparecer.

A veces,
se hunden antes de que pase el río.

Y su pedido de auxilio
siempre
llega tarde.

Método para calcular el tiempo

Los que viven a este lado de la ruta
saben de compensaciones:
cada vez que alguien pasa rumbo al Sur
anotan la hora exacta
y dejan caer una piedra en el vacío del ser.

Quienes viven del otro lado
conocen la polaridad:
cada vez que alguien pasa en sentido contrario,
de regreso,
anotan lo mismo
pero sacan una piedra del vacío del ser.

Así unos llenan su vacío
y otros lo despejan.

Cada cierto tiempo,
los que han llenado su vacío
cruzan por el puente viejo (que era nuevo)
y esperan con paciencia
a que pasen los regresadores del Sur,
uno tras otro,
hasta que el vacío es total.

Cerca del puerto

Pasan los camiones.
Se llega a mezclar el humo del gasoil quemado
con la llovizna fresca de la costa.

No hay poemas perfectos
como el sol, como la sombra.

Y menos que hablen de lugares
cercanos a este puerto donde hace frío,
donde se apilan contenedores blindados
para la gente inestable y para las ratas.

Pasan las dos mitades de un perro.
La primera lleva una cabeza normal, asustada,
la otra se disipa entre la niebla y la sarna.
En la estación lo bañaron con parafina,
seguro que fue el tuerto que limpia los vidrios,
quizás le regaló un pedazo de pan
y le ordenó: ¡basta de morderte!

Que no se turbe el sueño de Pound.
Si los clásicos ya tuvieron épocas
de mayor circulación en América,
al menos aquí, cerca del puerto,
entre la maquinaria envenenada
por la mierda de las gaviotas
(donde pasan las mitades de un perro
esquivando esos camiones de carga),
ya nadie hace las cosas perfectas
como el sol, como la sombra.

Los sonidos inaudibles

Dejamos andar el micrófono
toda la noche en un bosque desolado.

Al otro día hicimos correr la grabación
pero no se oyó más que un soplido.
Era como el viento metálico
de un planeta estéril.

La hicimos correr más rápido.
Aparecieron entonces los ruidos bajos
como si una conversación entre dos árboles
se expandiera desde el campo
hacia la Ruta Dos.

La hicimos correr más rápido aún
y los sonidos crecieron
como la conversación de dos árboles que crecen
y que si uno escucha bien,
con la cabeza apoyada en la madera,
en algún momento parecen crujir
palabras como «espejo», «espejismo»,
y muy lentamente palabras como
«cruces», «crucetas»,
«humilladero».

Una carrera con Platón

Antes de hablar alzaba una mano
para sujetarse el pecho,
a riesgo de hacerlo en un estilo trágico,
y de siete pitadas agotaba un cigarrillo.

Esa tarde encendió el motor
de su viejo automóvil
y se acostó en el pasto a escucharlo
una y otra vez.

Un alambre coincidía con el horizonte
donde se posaban unos pájaros enormes
y el hilo de la tierra se encorvaba.
Cuando alzaban vuelo, de repente,
el alambre subía y bajaba, entre el cielo y el suelo,
en eso que llaman la marcha dialéctica.
Y nadie era capaz de seguirlo.
Siete pitadas feroces: otro cigarrillo

El motor hablaba espesamente del silencio,
como si lo más oscuro del ser
encendiera con una llave de contacto.

Un viejo automóvil
detenido en el mejor momento de su vida.

El tanque australiano

El viento golpeó toda la tarde
en las paletas del molino que arrancaba
el agua turbia de las napas.

Se fue llenando así un estanque de latas curvas,
hasta que casi desbordó
y, con mi padre, nos quedamos
hechos unos estúpidos mirando el agua revuelta
como si viéramos el mar.

Al girar la bóveda, comenzó a llegar la noche.
Ya no se extrajo el agua, se apagó el viento.
Algunos puntos de luz brotaron
en su espejo negro.
Se oyeron los grillos del verano,
un ladrido agónico a lo lejos.

Ésa es «La Cruz del Sur», me dijo y señaló
despacio, como si temiera espantarla
con su brazo suspendido sobre el agua.
Y aquella formación: «El Puñal de la Mazorca».
Los ladridos se multiplicaron.

Yo pensaba en el rostro de mi madre.
Pensaba en sus ojos ya enterrados.

Me despedí de todo y entré.
Estaba muy fría el agua
y poco a poco fue embebiendo mi ropa
hasta que dejé de flotar.
No sé cuántos días transcurrieron mientras
me hundía en el silencio.
Recordé que en el «Paraíso» del Dante
no se describen sonidos,
pero eso qué podía importar.

Era un mundo sin horizonte:
por más que buscaba alrededor,
el horizonte no aparecía.

Se desvanecieron, finalmente,
la luz y el tiempo.

Hasta que las aspas del molino
giraron de nuevo.
Cada succión del agua de la tierra
traía, como un golpe de remo, los recuerdos,
uno tras otro:
la bicicleta, el camino de tierra,
la puerta quejumbrosa de la casa
las veredas del pueblo desbordadas por la grama.
El motor de algún camión sobre la Ruta Dos
ahogaba unos minutos el coro de las ranas.

Todo era redondo: el horizonte
no aparecía.

Y tuve que emerger después de muchos años.

Las cosas siguen igual pero nadie me reconoce.

Ahora voy por el parque, junto al cementerio,
a visitar sus ojos ya enterrados.

Es muy grato caminar al sol
después de estar metido en el agua tanto tiempo.

Las diferencias entre mi padre y Kerouac

Mi padre nació un año después,
muy lejos, casi a la orilla de esta ruta.

Kerouac no tuvo, a su vez, un padre
nacido en altamar, como mi abuelo.

Y para qué iba a escribir poesía, mi padre.
En cambio Kerouac, entre católico y budista,
excedía todas las fronteras.

Papá tenía una bicicleta roja: eso es viajar.

Uf, ambos detestaron el comunismo.
Creo que si un cruce misterioso
los hubiese reunido en la mesa de algún bar
se habrían reído mucho.

Pero mi padre, que era peronista, se emborrachó
una sola vez en toda su vida.

Calle uno, *fiat lux*

Callejón Fontana.
Arriba dice «tus sueños»
(debajo de «frágil»).
Una mujer pequeña está mirando
las hojas caídas de un sauce
que bailan para ella.

Tanto trabaja el amor que algunas veces
da en el blanco, piensa.
Lleva un atado de claveles,
apenas se mueve, la vida la roza.

Otros murieron, ella no.
Todavía no.

Algunos agitan la vida como si pasara un tren.
Para esos fue necesaria más muerte
que la de costumbre.

Para otros, en cambio,
basta con una muerte fina, tenue,
apenas más intensa que el olvido.

Más arriba dice *fiat lux*.
La mujer pequeña mira su mano izquierda,
controla el reloj del panteón en la entrada
deja el ramo, baja la vista,
y se aleja mirándose los pies.

El exactor

Alguien caminó sobre mi tumba.

Detrás de la puerta, yo tenía un abismo
del que se sube por una cuerda interminable.

¿Podría ser esta casa un lugar
para los descarnados?

¿Podría ser esta casa un lugar
para los abastecedores de lujos?

Son las preguntas del recaudador,
el cobrador de tributos
que me sigue por el hilo del tiempo.

Ésta es la idea,
una idea con números, nada más,
y dura sólo un momento.

Pero se repite y se repite
hasta el cansancio.

La caída

Un hombre se derrumba.
Parece que busca rutas olvidadas, playas,
una siembra, en aquellas regiones perdidas
donde ya no gira más el sol.

Es imposible que yo mismo sea
el hombre que cae por la ventana.

Menos mal que se desplomó
desde su propia mirada
y que una roldana lo desliza
como si sujetara un piano,
mientras la tierra lo baja y lo baja
tensando la cuerda podrida
en un lento teatro de suspenso.

Menos mal que se deshoja
y revela su peso inusitado,
como un Cristo de Grünewald.

Imposible que yo sea el que salta del mundo
y flota unos instantes sobre su propia risa.

El que vuela como volaría un árbol
arrancado por las tormentas
que lavan y deslavan el aire.

Es imposible que yo sea alguna vez
el hombre que cae por esa ventana,
tan extraño, tan nítido.

Ceda el paso

Hay que tener cuidado con las señales.
Este es un pueblo chico y siempre
ocurren algunas historias sencillas.

No falta el que bebe, como cree
que bebería Dylan Thomas si viviera,
y luego llega a su casa a medianoche
con los zapatos raspados, apuntando
una llave temblorosa con la mano.

Va dejando así una marca de luz
que permanece hasta que la borran
los faros de un automóvil
o simplemente se diluye en la humedad.

No falta el que bebe y después dice
que leyó completo *En busca del tiempo perdido*,
sí, completo, las siete novelas,
y que lloró al amanecer
frente a un mapa de Londres.

Tengan cuidado,
en la ruta de la entrada
suele cruzarse a veces un caballo,
algún rencor,
un árbol perdido.

Esto no es más que un pueblo chico,
aburrido y violento.

Los olores del pueblo

El olor del perro mojado por la lluvia.
El olor a sopa en la casa del herrero.
El olor y el peso de la ropa húmeda.
El olor a pasto recién cortado.
El olor a kerosén del Bram Metal.

El olor de la grasa en los fierros del tren.
El olor a jazmín de esas noches calientes.
El olor del cielo, que cae.
El olor a encierro que sale de mi pieza oscura.

El olor del auto nuevo.
El olor de la marcha indecisa por la ruta.
El olor de la escala moral.
El olor a té de tilo.

El olor del agotamiento espiritual.
El olor de la botellita de cognac.

El olor a basura en el sifón del lavaplatos.

El olor a Dios,
cuando se empieza a descomponer y no para.

El olor del vacío.

La enumeración

Once amigos y un traidor.
Un río extraño:
tal vez más ancho que largo.

Miles de calles cruzándose
y buscando el infinito
(sin embargo era una sola
y regresaba al origen).

Buena sangre,
para que circule la memoria.
Mala sangre,
para que además de circular
la memoria te haga luchar por algo.

Doscientas viejas cúpulas
y hasta ahí alcanzaban mis ojos
en esos años en que no sabía
alzar la vista.

Diez horas de ceguera
y los ciegos llenos de mi piedad relojera.
Un sombrero arrugado y vacío.
Una mesa, un paño,
un hombre encarcelado por la luz,
soñando con las brasas de una palabra lejana.

Agua, aire, tierra y fuego:
el ladrillo tiene los cuatro principios
(podemos construir,
estamos aptos para la escritura).

Mucha lluvia todo el año,
así la ciudad que uno toca y oye,
metido en el óxido,
pueda verse cada día.

Once poetas, un traidor.
Una fosa.

Dos bolsas de huesos encontrados con las manos.
Un perro que entiende los ojos del hombre
y la tristeza del río que se trepa en la mirada.

Una mujer de hierro en cada plaza,
y que la lluvia tarde siglos
en llegarle al corazón.

Una mujer de hierro al costado de la vía.
esperando de su amor un fuego irreal,
con dos guantes de amianto.

Treinta libros viejos,
la mitad leídos, la mitad hecha pedazos.
Una rueda de hombres ocultos
tratando de encerrar el tiempo.

Once músicos, un traidor.
Cuatro estrellas y una cruz: el Sur.
La mitad redonda de una naranja.
El tratado de Piazzolla sobre estas calles,
y un cielo para las cosas: la tierra,
porque todo ahí es verdad.

El movimiento indiscutible de las piedras,
los mares y los zapatos.
Los surcos en las caras de los viejos.
Una permanencia que, hasta ahora,
no se mezcla entre la gente.
El zapatero y todos los que puedan
ver las cosas con su propia luz.

Dos cuerpos: dos y dos
el que traemos puesto
el que llevamos para el impacto,
el otro, el otro,
y cuando se junten esos cuatro
sean dos (y dos en el espejo), dos
subiendo la escalera tomados de la mano
metidos en un solo cuerpo, cuatro piernas,
dos cabezas (ese monstruoso amor).

Allá a lo lejos

El sol me golpea y siento que pasa
la calle dura bajo mis pies
a toda prisa.

No comprendo si soy el indeciso
que avanza y camina
o la sombra misma que va pegada al animal,
ese tractor que me arrastra como a una pesada
capa mojada por la lluvia.

Este animal en el que voy metido,
en sus ratos libres escribe poemas
y después dice: soñé.

La negación de la luz me sigue
a todas partes con su materia
blanca, roja, húmeda,
porosa y deficiente que la acompaña.

Este animal me lleva por el mundo
haciendo lo que sabe.

Ve a otros animales
que se despedazan entre ellos.
Se acerca para comprobar si el río ya está muerto:
todavía se mueve, entonces
bebe un poco de agua.

Esa tarde conocí a uno que tallaba letreros
en madera de ciprés.
Se lo veía cansado,
es el polvo de las obras, dijo,
que me viene comiendo los pulmones desde chico.

La tristeza puede ser interminable
para el que aprende a conocer a los demás.

Escuchando canciones italianas
recordé a mi madre a la salida del cine:
habíamos llorado, habíamos reído,
y uno piensa que momentos como ese
mueven a los ríos y detienen las guerras
para siempre.

Un día el animal entiende que esa helada
bajo la que durmió cuando era un cachorro
en las estepas del Sur
ahora está llegando adentro de sus huesos.
Siente que las imágenes
empiezan a saltarse el control de su mirada.

Es hora de organizar la resistencia.
Sabe que la guerra tendrá siempre
el mismo resultado:
ganará la muerte, quién más.
La belleza está en la estrategia.

Y en medio de tanto manoseo,
aunque no lo parezca,
hasta desesperarse puede ser un alivio.

Este animal en el que voy metido
a veces se queda mirando
y no me doy cuenta bien qué cosa ve.
Pero es algo lejano, muy lejano.

Este animal, que en sus ratos libres
escribe poemas y después dice: soñé.

El Regresador

Aquello que terminó
está sucediendo todavía.

Aquel amor que fue, regresa.

Porque todo lo que lleva sangre o música
tarde o temprano se reanuda.

Pero cuidado.
Mi carne te conoce,
mis dedos caminaron ya cien veces
en la luz dormida de tu cuerpo.

Y no es agua la sed.

No basta clavar un puñal en el cielo
para desatar una tormenta.

Intocable

Ella está en su lugar
y no hay nada que hacer.
Ni sacarla del mar, ni salir
a terminar con la dureza del sol.

Un deseo no es ley
aunque se pague la culpa
matando a unos cuantos
dioses de barro.

Yo la siento, la sentía
como al oxígeno,
como a un cuello de botella
en los puños apretados.

Vino a ocupar este sitio
y no hay nada que hacer.
Ni entregarse como un bruto
a los trabajos de la mañana,
ni perder el tiempo armando cartas
o bendiciones públicas.

Ella está en su lugar.
Lo demás
es materia de condenados.

Bocas

Él tiene la boca negra, ella la boca roja.

Hay un árbol muriéndose
desde hace varios años,
ahí mismo.

La boca negra como brea.

Por el camino de piedra
va un torrente, apenas.

Y a ella, roja como una boca,
la recogen con redes del mar.

Un viento duro le derrama los ojos.

Son amantes pero no se aman.

Ella monta una bicicleta de hombre.

Él tiene la boca negra, ella la boca roja.

Y siempre han sabido que las cosas
son lo que son.

Apogeo

Fundaría Roma.
Fundaría Nínive en la mesopotamia
que encierran sus piernas.

Ella y un eclipse
que oscurecerá su espalda
de un momento a otro.

Ella y la lejana Antares
brillando en el Pacífico.

Su dolor es un sueño antiguo
donde viven las aves que cruzaron la guerra.

Ella una promesa de rocas,
el rumor de un cielo sordo.
Bajo la luz de su lámpara
soñamos con las peores tormentas del sol.

A Ella no
Ya no la veré
Ya no la veré
con su alegría reconstituida/ más.

El rastro

Envuelto en su recuerdo pasajero
viajo de noche con la marcha
difusa de la cacería.

Ella no aguanta el olor de la pólvora
ni el ruido de los jinetes que llevan
el sudor pegado a la piel,
cuando la niebla se llena de víctimas.

No soporta la carne blanca,
nudosa, que se debate
ni los ojos del cuerpo cerrándose
en convicciones dolorosas.

Ni un vacío lleno de leones vacíos.

Ni su cuerda de gritar
encadenada
por el óxido circular de la moral/ No.

Profundo y espurio

Salvo que el tiempo arregle todas las cosas,
como dicen por ahí,
en estas alfombras de mugre
donde cabalgan los mal nacidos
y el pasto crece cada vez más duro y amarillo,
salvo que el tiempo arregle las cosas,
como te digo,
por el momento soy un desacierto,
un tiro sinuoso de mi fusil torcido,
un bastardo,
apenas uno de los errores del dios.

De los más pequeños, eso sí.

El primer déjà vu

Un caballo sobre la pampa y un árbol.

Un caballo que se mece
con la ternura de un barco.

Un caballo de miel
y dos riendas duras.

Qué. ¿No viste la muerte,
cómo cabalgaba?

Un caballo de madera
y un árbol partido vagando
por tierras inútiles.

Y recordé cómo fui:
ausente, mecido, triste, líquido.

Qué. ¿No viste la muerte,
cómo cabalgaba?

Tampoco hay que tener prisa

Al costado del camino
esas piedras redondas.

Al costado del camino
la mirada negra de las víboras.

Al otro costado
alborotadores de la sangre oscura
una vieja muerta, pedazos de cartón,
las ratas apuradas,
un solcito,
la basura viajando hacia atrás.

Voces de mando

A orillas del río Negro me dijeron
«traidor a la patria».
A la patria no.
Solo anduve en esos fondos de la noche
donde había luces rojas y pequeñas.
O acaso el país no llega hasta
el borde de los campamentos,
hasta esos cuerpos
que aparecen al encender un fósforo.

Cualquier cosa menos traidor.
Si llevé solamente una radio,
una linterna,
y dormí sin permiso bajo un árbol,
en la zona verde del país.

Traidor a los sueños tampoco.
Y eso que soñé con las manos oxidadas
de mi madre que aferraban un arma.

Y le digo más, la patria estaba llena
de mujeres que ni luz en los ojos tenían,
ni frente, ni perfil,
y había que darles unos tragos
para que no se volvieran fantasmas.
¿O no?

Peces del aire/ pura sed

Los caminos al desierto y los ríos al mar:
así vemos pasar la vida.
El resto es andar y no quedarse,
que el polvo puede ser el agua
y las estatuas se hunden.

Solíamos ir a la montaña a pescar
unas piedras grises, como peces
que entregan su color al río y mueren
bajo el peso tibio del aire.

En el país del aire
pasaba y pasaba el polvo.
Nadie decía nada.
El viento estuvo muchos años
secando nuestras bocas junto
a una fuente oxidada.

Solíamos traer esas piedras grises
pero nadie decía nada.
Sin agua en la boca, la lengua
se había muerto como un pez.

Se había muerto como un pez
la lengua y daba luz.

Teatro Infantil

Un farol circular
y su cántaro de luz que cae al suelo.

Es de noche y los pájaros se han ido.
Todos creen que volverán.

Las hojas húmedas se amontonan calle abajo.
Si corriera un niño ahora
se notaría en las baldosas sueltas de la vereda.

Adentro, alguien está imitando el cielo:
ha cosido unas monedas de aluminio
sobre un modesto paño negro.

En la otra ventana, una luz espesa
va mezclando las sombras suavemente.

Y nadie sabe qué es lo que se ha ido
pero todos creen que volverá.

Conocimiento

Oigo el sonido de palabras
recortadas por la sombra.

Es la sangre que abandona el paraíso
y toma la forma de este río
sinuoso que habla.

Golpeado por un sol antiguo,
en ese lugar donde anoche mismo
se arrastraba una luna poderosa,
qué podría saber yo
si apenas
soy un cuerpo de agua
secándose lentamente
sobre este lecho de piedras.

Mi madre metió un pie en el barro

Le pedí que me lleve de aquel lugar.
Estaban todos alrededor de una mesa
y festejaban de forma grotesca.
Ya saben: reírse de los débiles,
de los distraídos.

Le pedí que me lleve y ella
me tomó en sus brazos.
Envueltos con un chal,
salimos por una ventana helada
como dos fantasmas medievales.

La noche llovía sobre las cosas
y las cubría de tinta.
Fue la primera vez que huimos juntos.
Atrás quedaban las burlas
y esa lluvia negra cayendo sobre la vida gris.
A media cuadra, aún nos alcanzaban
las risotadas furiosas.

Tenía las mejillas hirviendo
como si me hubiesen tirado agua encendida.
En la casa, mi padre estaría solo
bebiendo su té y mirando la hora
cada tres minutos.

Casi me olvido de todo esto
porque el olvido es un fenómeno físico
y la memoria permanece
como las luces fugaces del cielo.

El olvido es otra sombra
y aquella fue la primera vez que huimos juntos.
Nada fue como antes.
Escapemos, pienso, y aparecen

enseguida las ventanas heladas
con su cuadrado de fuga
diseñado para fantasmas como nosotros
por donde huyen la luz y el tiempo.

No se veía nada, el olvido es así,
y mi madre estaba exhausta
porque yo era casi un anciano
y pesaba mucho más que los astros.

En ese afán por escapar
metió un pie en el barro.

Es milagrosa la tristeza.

Tubos de gas

Alguien entrará a la casa, alguna vez,
y al encender la luz
todo estallará en mil pedazos.

Alguien hará los mejores poemas,
pero también hará los peores.

Es impresionante ver la gente en esas plazas.
Desde aquí arriba parecen ir en todas direcciones.
Su movimiento es similar a los espermios
en un microscopio.

Hay que darle al ojo.
Meter el ojo en una tubería es un ejercicio de belleza.
Las corrientes, ¿por qué vienen?
La frustración, ¿por qué?

Antes leíamos como animales que pastan
y eligen la hierba más tierna.
Pero después de un tiempo ya no.
Ahora engullimos el pasto seco,
la hojarasca masticada hasta el cansancio.
Y como aquellos que se van de la casa más amada,
nos alejamos de la poesía amarga.

La llama es azul, aséptica,
como para que en ella no viva siquiera
una mísera salamandra.
Ahora que los fuegos son fríos,
esperamos al genio, vivimos en la sombra.

Meter el ojo en una tubería es un ejercicio de belleza.
La casa va a estar sola y por ahora
se siente mucho olor a gas.

No faltará el desconocido que llegue fumando.

El lingote de hierro

Aunque lo azote con brusquedad,
un viento no podría moverlo.

El niño de la casa lo levanta con esfuerzo.
Sus manos se oxidan un poco.

Lo afirma con cuidado sobre las patas
del cachorro para que no se vaya.

A veces lo desliza en la vereda
y un rumor sordo, como de tormenta,
raja las siestas del verano.
Nadie conoce su procedencia, sabemos
que una vez lo usaron para aplastar fotografías.

El niño de la casa calienta el lingote al sol
y lo deja en la caja donde duerme el perro,
para que no sienta frío.

Con el paso del tren, el lingote
vibra y resbala
como si respondiera a un antiguo llamado.

Lo querían enterrar y desenterrar
para entender la muerte.

Siempre tropiezan con él y lo apartan
como a un sapo.
Dicen que cada día pesa más.

Para todos la vida va empeorando,
pero el lingote permanece casi igual.

A veces desprende una gota de herrumbre
como la que vieron salir de la nariz del vecino
antes de cerrar el ataúd.

El niño de la casa lo vuelve a dejar
bajo el sol despiadado
y mide su crecimiento.

Adentro del agua
resulta más pesado todavía.

Juega a que es un barco cerrado.
No sabe si debe salvarlo
o dejar que naufrague.

Contarle la foto a un ciego

Cuadrada.
Si la amplían demasiado
es como echarle un puñado de arena.
En el centro se ve una mujer de labios húmedos,
y un poco más atrás hay un dios.
¿Un dios?
Sí, en el último plano.
Antes aparece una colina helada.
La nieve está sucia, como la luna,
porque han pasado hombres y mujeres,
se nota en las huellas que dejaron
las ruedas y los caballos.
Un charco de orín humea todavía como un géiser
justo ahí donde el sol va insistir
hasta hacerle un agujero.
Esa foto incluye a dos muchachos
que se ríen sin rostros.
El reflejo del blanco los desintegró.
¿Se entiende?
La escena que no ves es la muerte,
pero también la eternidad de ese instante
en el que el dios, bien al fondo,
aparece borroso.

Perdón

Nunca antes había visto en esta tierra
una crucifixión.

Fue en una de esas horas de lucidez
cuando la mente coincide con el cuerpo en tiempo real,
aquello que muchos representaron
con una luz, con una esfera regular
sobre un rostro inocente,
o el compromiso de los astros
detrás de una silueta congelada.

El pájaro estaba inmóvil,
clavado en un poste al costado
de la ruta.

Recibía una brisa que no tenía comienzo
ni tenía fin
y miraba desde atrás de sus ojos
como pidiendo disculpas.

El que venía conmigo trató de bajarlo,
acercó la mano, pero la retiró enseguida.
Parece un ave rapaz, me dijo.

Nos alejamos para seguir nuestro camino,
aunque me di vuelta como a los treinta pasos.

No vi las armas debajo de sus alas.

No me pareció un ave rapaz.

Los demolidos

Aparecemos siempre desde la luz,
como los mudos que se expresan con la sombra.

Somos una combinación estrafalaria:
un poco antiguos, algo modernos,
con esta vida abandonada pero llena de brillos
y un interior de tapicerías negras.

Se oyen los ruidos propios de una demolición.
Taladros, golpes, derrumbes.
Hay humo.

Todavía nos queda una casa abierta
donde podemos dormir y ver el aire negro
raspado por las constelaciones.
Pero se oyen taladros, golpes, derrumbes.

Acostumbrados a mirar el cielo oscuro.
Acostumbrados a dormir con un ojo abierto,
estamos asomando cada día, pero cada día
el tiempo se desmorona.

Hay gente que trabaja, se oyen otros ruidos.
Hay un tipo sobre el andamio
que bordea de noche el precipicio
iluminado por algunas monedas.

Antes sonaban las guitarras y los relojes.
Pero hace tiempo que los relojes detenidos
como los pájaros muertos
se tiran a la basura.

Van a demoler la calle,
van a demoler las ventanas,

la luz que entra por las ventanas,
y después vendrán todas esas molestias.

La grúa operando en este paisaje cruel y hermoso,
como si una tragedia estuviera a punto de ocurrir.
Golpes de luz en el agua, en la piedra.
Golpes a la belleza de Dios y los perros violentos,
como en esas increíbles noches griegas.

(Se intensifican los golpes de martillo.)

Se oye un estruendo, cae un muro
y parece caer el soporte numérico del universo.
En cambio, la pequeña demolición de los cuerpos
no se oye,
la de la calle, la maldición de los suburbios,
la opinión chiquita de las viejas y los descaminados,
el día en que te golpearon, lenguaraz, no se oye,
ni los goterones de la sangre espesa,
ni la servilleta de papel con tu nombre escrito,
silenciosamente, no se oye.

Escuchen. Escuchen bien,
que si prestan atención
oirán esos gritos cada vez más débiles.

Queda sólo una taza, un vaso, dos o tres platos.
Ayer se vino abajo otra repisa con las vibraciones.

La delicada destrucción está pasando
justo ahora,
por este exacto lugar.

Segunda

El cazador aparta los matorrales
y espera agazapado.

Se cuida de la noche,
ha visto cómo esas luces inexplicables
salen de los pajonales,
parecen ojos que vuelan juntos
en una mirada que patrulla el horizonte circular,
luego se distancian
para ver cada uno lo suyo
sobre la tierra inmensa
y al final se apagan como cigarros
en cualquier parte.

El cazador se duerme junto a un fuego débil
y sueña con aquellas luces.
El campo sigue mórbido bajo la niebla.

Sueña que es el animal más fuerte.

El blanco

De todos los cielos que atravesé
me quedo con el blanco
porque ahí fondo y figura son lo mismo.
Requisitos de un buen cielo,
eso que sucede
cuando uno se muere pegado a una luz
cuando uno se muere de amor
cuando uno se muere.

Sobre el blanco de la nieve
el blanco del ojo es un relámpago,
un recuerdo que cruza por la mente
a la velocidad de un balazo.

Dar en el blanco.
Dar en la nieve.
Dar en el ojo.

Ahora viajo encorvado en el asiento
lateral de un camión y mi frente
apoyada en la ventana
deja una nube borrosa.

Las piedras parecen un mar
que no se mueve.

El rostro de ella una imagen
que no se mueve.

El blanco, visto así,
es una promesa.

Y tampoco se cumple.

Yo le di muerte a una torcaza

Reflejada en el agua celeste
y acribillada por las amapolas rojas,
había una torre junto al mar Adriático
antigua, nítida.

La vida caminaba sobre las aguas.

Yo le di muerte a una torcaza
con una honda y una piedra
que parecía una palabra.

No entiendo por qué recordé eso
décadas después
frente a la torre de San Vito,
asediado por las aguas celestes
y las amapolas rojas.

Si mi madre hubiera sabido,
me habría perdonado.

Sin que me diera cuenta,
se habría puesto a llorar.

Ruido de llaves

Ella fue a caminar por una cornisa
entre las rocas, con un pie en la memoria
y el otro en la distancia.

Imposible de seguir porque sus huellas,
una blanca y otra negra,
a poco andar se distanciaban entre sí.

Cada vez que me separo en dos mitades
para alcanzarla, muero o me despierto.

Pude oler la sal del agua,
era la misma de su cuerpo y supe que volar
a esas alturas era oficio de iniciados.

Intento recordar los hechos:
sentí ruido de llaves
sin entender que esa música
era el mar apretado por las rocas de la noche
que latían igual que cuando es ella
la que se parte en dos pedazos.

Con una llave se puede abrir al mar.
Nunca sabremos lo que hizo,
cansada de andar, tal vez se colgó
del borde en un acantilado.
El mar empezó a crecer de a poco,
tardó varios sueños hasta alcanzarla
y lamer sus piernas.
Entonces pensé: ahora se va a despertar
y abandonará el filo del horizonte,
donde se equilibran los deseos.

De día la veo pasar y quiero acercarme
pero arrastro los pies como en una pesadilla.

De noche me guío por el tintineo de las llaves
como una especie de becerro que busca su guía
en los bordes del vacío, altitud cero,
detrás de un sonido que se ahoga y se desahoga,
que aparece y desaparece con la bruma
en medio de esa discusión interminable
que sostienen la tierra con el mar.

El punto fijo

Se internaron antes que yo
en la vida de las palabras
buscando el origen, el fin,
la causa y el objeto.

Pero regresaron ciegos.
De modo que, si hallaron la verdad,
solo pudieron comunicar la duda.

Habrá más oportunidades.
El sol ha vuelto a cruzar esta miseria hoy
y el tiempo no destruye todo
con la misma prisa.

Por eso estoy sobre la roca,
una de sus demoras prodigiosas,
esperándote.

Apéndice didáctico

Actividades didácticas a partir de poemas de Víctor Rodríguez Núñez

Gema Borrachero

La Educación literaria en la asignatura de LCL desarrolla los conceptos relativos a la noción de lenguaje literario, siempre delicada y espinosa de definir. Se suele iniciar este tramo del programa con el estudio de los géneros literarios, la métrica y los tropos y recursos. Sin embargo, no siempre se trabaja previamente qué características hacen que un texto sea literario. La explicación no es sencilla, desde luego, pero es recomendable abordarla antes del trabajo más concreto sobre géneros y recursos. Permitirá a los alumnos enmarcar cabalmente las nociones de género y el análisis de los recursos como estrategias que muestran la especificidad de lo literario tanto de forma autónoma como en el contexto socio-histórico de las obras que se trabajen en el aula.

Como paso previo al trabajo con los textos, en una primera sesión ofreceremos a los distintos grupos algunas nociones que suelen utilizarse para definir y caracterizar el lenguaje literario. Los alumnos deberán buscar información sobre estos conceptos y elaborar un esquema, mapa conceptual o cualquier otro organizador gráfico (en el formato que prefieran) como base para realizar una exposición oral. Podemos ofrecerles enlaces de internet o materiales adaptados[1] a sus conocimientos previos para que puedan avanzar sin riesgo de desconectarse y, por supuesto, resolveremos cuantas dudas sean necesarias en el proceso.

He aquí algunos conceptos para que los alumnos comiencen su investigación:

[1] Aquí pueden tomarse como referencias estas páginas web:
https://view.genially.com/613bde36d531f70daa088d09/presentation-el-lenguaje-literario
https://www.iesdonbosco.com/data/lengua/2_bachillerato._tema_12._los_textos_literarios.pdf
https://www.blinklearning.com/coursePlayer/clases2.php?editar=0&idcurso=1992336&idclase=119515196&modo=0

– Peculiaridades de la comunicación literaria (receptor universal o modelo, comunicación diferida, doble contexto del autor y de lo narrado…).
– Función poética.
– Connotación y sugerencia.
– Polisemia o plurisignificación.
– Finalidad estética y no práctica.
– Innovación y originalidad (desautomatización/desviación/extrañamiento).
– Relación distinta entre significante y significado (recursos literarios).
– Léxico más escogido, preciso y expresivo.
– Construcciones sintácticas más variadas.
– Mayor densidad conceptual.
– Mayor manifestación de lo imaginativo, lo ficticio y lo afectivo/subjetivo.

Podemos agrupar todos estos conceptos en bloques y adjudicarlos a los distintos grupos para acotar la información y evitar que se dispersen. La investigación y elaboración del esquema ocupará dos sesiones más y una cuarta para las exposiciones.

Una vez realizadas las exposiciones orales, compartido las dudas y resuelto las dificultades, comenzaremos a identificar algunos de los rasgos del lenguaje literario que hemos interiorizado a través de cuatro poemas de Víctor Rodríguez Núñez: *hipótesis, ¿arte poética?, entrada y elogio del neutrino*. Se trata de combinar los elementos curriculares, la reflexión sobre la lengua, la creatividad y la investigación/reflexión sobre temas diversos. A cada poema dedicaremos dos sesiones, además del trabajo individual que impliquen algunas actividades.

HIPÓTESIS

En este poema comprobarán cómo el poeta utiliza los conocimientos astronómicos (objetivos) para incorporarlos de forma progresiva y creciente a su subjetividad. El contraste entre ambas esferas (la externa-científica y la íntima-emocional) crean un extrañamiento en el lector y un efecto intenso ante la expectativa de comprender el punto de unión entre ambas, que llegará en los últimos versos del poema. El alumno podrá entender que la función del texto no es informativa o práctica sino exclusivamente poética.

– Señalar e investigar sobre los nombres propios que aparecen y situarlos en la línea del tiempo: Ptolomeo, Copérnico, Giordano Bruno, Galileo, Kant, Hegel. Redactar un texto con las siguientes indicaciones: datos biográficos fundamentales (nacimiento, muerte, etc.), logros profesionales (inventos, teorías, obras, etc.), trascendencia de sus aportaciones. Por último, incluir alguna anécdota o dato curiosos relacionado con él.
– Identificar el tema del poema y su progresión. Para ello, daremos algunas pistas a los alumnos: la aparición de las mujeres desde el verso dos, los curas y los maridos en la 2ª estrofa, el verso 16 (justo en el centro de la composición); les pediremos que se fijen en los tiempos verbales para que identifiquen el presente del protagonista y la importancia de las últimas palabras del texto.
– Subrayar los sustantivos y organizarlos en grupos: técnicos o científicos (esfera, órbita, astro, senos, cosenos, corazón, cometa, cálculo, metafísico), elementos naturales (mareas, palomas, mariposa, polen). Expresar qué sensación provoca en el lector ese contraste.
– Añadir los signos de puntuación al texto y determinar si influyen o no en la comprensión del mismo.
– Comentar la desautomatización lingüística presente en algunas imágenes como manifestación de originalidad y creatividad (por ejemplo: «cambió senos por palomas/cosenos por espantos», «preso en la mariposa de los cálculos», «polen metafísico») e incidir también en las nociones de connotación y la sugerencia.
– Crear una estrofa final con la misma estructura métrica de endecasílabos y heptasílabos (podemos obviar estos requisitos si los consideramos disuasorios) que comience con el siguiente verso: «y yo propongo al siglo XXI».

¿ARTE POÉTICA?

Con el análisis de este texto se pretende que el alumno se interrogue sobre el concepto de belleza, que habitualmente se asocia con el lenguaje literario. Descubrirá que la belleza del lenguaje no estriba en lo que llamamos «bonito», «hermoso», «elegante», «armónico», etc. Cualquier poema logrado puede suponer una experiencia estética para el lector (conmoverlo, extrañarlo, sorprenderlo, emocionarlo en el sentido amplio de la palabra)

más allá de que los signos y los referentes a los que aludan sean considerados denotativamente bellos.

- Estableceremos una lluvia de ideas sobre lo que los alumnos consideran que es la poesía, para qué sirve, de qué habla y de qué no, por qué y para qué existe, etc.
- Explicaremos qué significa la expresión *arte poética* acuñada desde Horacio y la relacionaremos con el final del poema: poesía-belleza (¿puedo hacer poesía si aquello sobre lo que escribo no es bello?). Podemos mencionar otros poemas o textos así titulados (Borges, Huidobro, Roque Dalton, J. Gelman, Claribel Alegría…).
- Después, analizaremos el autorretrato que se va elaborando en el texto: la selección de elementos descritos, su orden y organización en dos estrofas (la primera corresponde a una prosopografía y la segunda, a una etopeya). ¿Consideran los alumnos que se trata de una caricatura?
- Concluimos: justificar el título del poema a partir del humor y de la amplitud del concepto de belleza en relación a lo literario.
- Crear una lista de remedios poéticos. Puesto que en el poema de Víctor Rodríguez Núñez se nos presentan algunas dolencias (fiebres, cólico nefrítico, dolor en el costado, ojos miopes), podemos buscar poemas o textos literarios que pudieran servir de medicamento literario para enfermedades varias (del cuerpo o del alma). Se puede ofrecer a los alumnos una selección ya confeccionada o invitarles a que ellos mismos lean y busquen (por ejemplo: *Una tímida propuesta de cambio* de Rafael Pérez Estrada o *La luna* de Jaime Sabines). Indicarán el título del poema y su autor, la dolencia para la que lo recomiendan, cómo actúa y por qué es eficaz.

ENTRADA

Este texto nos permitirá referirnos a la comunicación literaria, al poema como espacio compartido entre escritor y lector, al que a menudo llegamos decepcionados, desencantados, incluso huyendo de lo que nos rodea.

- Recogeremos las cualidades con las que se describe el lugar: un sitio raro, sin casas ni paisaje, desnudo.
- Identificaremos las dos partes del texto (yo/tú) para después decidir quién puede estar detrás de esos pronombres. Si llegamos a la

conclusión de que pueden ser el escritor y el lector los protagonistas, reflexionaremos sobre las particularidades de la comunicación literaria (emisor, receptor, mensaje, etc.).

– A pesar de que el poema es breve, sirve como ejemplo de lo que hemos llamado densidad conceptual. Lo comprobaremos reflexionando sobre lo que significa que la poesía sea el lugar *donde el mundo germina* o el *reino de los equivocados*. Desarrollaremos la idea de que el escritor construye un mundo nuevo cuando crea un poema a través de la subjetividad y la ficción, pero también a través de una búsqueda diferente en la interpretación de la realidad y del lenguaje que la nombra (equívoco, error/desvío frente a *esta vida harta / de aciertos y certezas*).
– Se puede proponer a los alumnos crear una ilustración manual o digital para el poema: lugar desnudo pero fértil donde los encuentros fortuitos y extraños generan criaturas de un reino diferente. Se puede comparar las creaciones elaboradas por el alumnado con aquellas que generaremos mediante la IA dando las mismas indicaciones.

ELOGIO DEL NEUTRINO

A través de este poema, comprobaremos la originalidad del lenguaje literario, los recursos que permiten plasmarla y el conocimiento pasado por el filtro de la subjetividad.

– Pedir a los alumnos que expliquen qué les resulta extraño o sorprendente del poema. Es de suponer que habrá llamado su atención el motivo científico que aparece en el título.
– Buscar información científica sobre el neutrino y compararla con la que el poema transmite. Verificar que en ambos planos (científico y poético) se destaca la enorme importancia de un elemento minúsculo.
– Establecer la estructura del texto a partir de los elementos recurrentes: te celebro/porque… A partir de esa estructura, determinar la progresión en cada tramo (su capacidad, lo mucho que ha desvelado su existencia, su naturaleza presente en todo, pero casi invisible) hasta llegar a los seis versos finales, en los que el poeta juega a identificar el neutrino con la sílaba de un verso, es decir, hace poesía del conocimiento científico, justo lo que se ha propuesto verso a verso en el poema.

– Identificar los recursos literarios: anáfora, paralelismo, metáfora, enumeración, personificación. Detenerse especialmente en las metáforas: *eres / la esencia del espasmo / materia de ternura / o ese poco de nada / con que mi tía dora sus natillas.*
– Sugerir a los alumnos que creen un elogio a algún invento o descubrimiento científico imitando la *dispositio* del poema y utilizando alguno de los recursos que han identificado.

Actividades didácticas a partir de poemas de Daniel Calabrese

Dionisio López

LA PIEDRA COMO SÍMBOLO VERTEBRADOR («PRODIGIO»):

El poema que abre esta antología, «Prodigio», presenta como eje central una piedra que se carga de significación. La piedra vuelve a aparecer a lo largo de la selección («Allá en lo alto», «Método para calcular el tiempo», «Tampoco hay que tener prisa», «Peces del aire/pura sed», «Conocimiento», «El blanco»…) llegando, incluso, al título. A lo largo de la historia de la literatura el símbolo de la piedra ha sido utilizado por multitud de poetas dotándole, cada uno, de un valor propio. Veamos, a continuación, algunos ejemplos célebres:

«Piedra de Sol» de Octavio Paz:

Símbolo: La piedra del calendario azteca.

El poema épico y circular de Paz toma la piedra del calendario como símbolo del tiempo cíclico, la eternidad y el cosmos. La piedra es tanto un objeto físico como un símbolo de la continuidad y el destino.

> Un sauce de cristal, un chopo de agua,
> un alto surtidor que el viento arquea,
> un árbol bien plantado mas danzante,
> un caminar de río que se curva,
> avanza, retrocede, da un rodeo
> y llega siempre...

«In a Station of the Metro» de Ezra Pound:

Símbolo: Las caras humanas como pétalos y piedras.

En este famoso poema imagista, Pound compara los rostros en una estación de metro con pétalos sobre una rama húmeda. Aunque no menciona explícitamente una piedra, la imagen de lo inerte, lo que es inmutable y eterno, está implícita en la comparación.

The apparition of these faces in the crowd;
Petals on a wet, black bough.

La aparición de esas caras en la multitud;
Pétalos sobre una húmeda, negra rama.

«Una piedra, un silencio» de Jorge Luis Borges:

Símbolo: La piedra como símbolo del silencio y la eternidad.

Borges utiliza la piedra como un símbolo de lo eterno, lo inmóvil y lo indescifrable. En este poema, la piedra representa lo que está más allá del tiempo y las palabras, lo que se mantiene ajeno al ruido del mundo.

En su centro la piedra,
ignorada y eterna,
aguarda el tiempo de su forma perfecta.

«Like a Rolling Stone» de Bob Dylan

Símbolo: La piedra rodante.

Aunque más conocido como una canción, esta obra de Dylan juega con la imagen de una piedra que rueda, simbolizando la alienación, el desplazamiento y la pérdida de identidad. La piedra se convierte en un símbolo de un ser que ha perdido su lugar en el mundo.

How does it feel	¿Cómo se siente
To be on your own,	estar por tu cuenta,
With no direction home,	sin rumbo a casa,
Like a complete unknown,	como un completo desconocido,
Like a rolling stone?	como una piedra rodante?

«Los pasos lejanos» de César Vallejo

Símbolo: La piedra y el silencio.

Vallejo hace referencia a la piedra como símbolo del peso del pasado, la dureza del recuerdo y la inevitabilidad del destino. La piedra representa tanto la memoria como la carga emocional.

Hay un lugar que yo me sé
en este mundo, nada menos,
adonde nunca llegaremos.
Donde, aun si acaso floreciéramos,

¡Floreceremos tristes!
Nada más que un silencio
Ni triste ni feliz, un cierto
modo de callar, apenas,
será para nosotros, piedra,
eternidad, desierto.

«La piedra de la locura» de Alejandra Pizarnik

Símbolo: La piedra como símbolo de opresión interna.

Pizarnik utiliza la piedra como símbolo de una carga mental y emocional, de la locura que se lleva dentro. La piedra aquí no solo es una imagen física, sino una metáfora de la mente atormentada.

Una piedra en el pecho
no es piedra
es un pájaro petrificado,
el miedo de ser,
de perderme...

La piedra en estos poemas funciona como un símbolo multifacético: puede representar el peso de la memoria, la eternidad, el silencio, o la lucha interna. Estas imágenes poéticas conectan la piedra con ideas abstractas como el tiempo, la vida, y la experiencia humana.

Actividad

1.1. Vuelve a leer con atención el poema «Prodigio» e intenta explicar qué puede simbolizar en él la piedra.

1.2. ¿Conoces el mito griego de Sísifo?[2] Investiga sobre él y relaciónalo con el contenido del poema.

1.3. Una vez que hemos conocido todas las posibilidades significativas de las que puede ser dotado un elemento gracias al poder simbólico de la poesía, es el momento de poner en marcha tu creatividad.

[2] Este mito ha sido interpretado de varias formas a lo largo del tiempo, pero una de las más conocidas es la que le dio el filósofo Albert Camus en su obra *El mito de Sísifo*. Sin embargo, Camus propone que Sísifo puede ser visto como un héroe trágico, porque, aunque su tarea es inútil, él sigue empujando la roca. En este sentido, Sísifo representa la resistencia frente al absurdo: a pesar de la falta de propósito aparente, encuentra la posibilidad de crear significado en el propio esfuerzo.

Escribe un poema donde el símbolo central sea una piedra. Antes tienes que reflexionar sobre lo que puede representar: ¿es una carga, un obstáculo, una fortaleza, un testigo del tiempo, algo inmutable o algo que cambia lentamente? El significado que le des será clave en tu creación.

COMENTANDO «EL TANQUE AUSTRALIANO»:

En «El tanque australiano» encontramos una de las características esenciales de Calabrese: el equilibrio entre la sencillez y la profundidad. Mediante el siguiente cuestionario, vamos a tratar de adentrarnos en algunas de sus claves significativas para poder lograr una comprensión completa del poema.

Actividad

2.1. Después de una lectura en voz alta donde hayas podido apreciar el ritmo musical del poema, haz una lectura más detenida donde trates de comprender a fondo todos sus significados.

2.2. Responde a las siguientes cuestiones:

- ¿Cómo está estructurado el texto? ¿Adviertes algún tipo de evolución en la narración a medida que avanza?
- ¿Qué elementos simbólicos podemos encontrar en el poema, como el agua, el molino o el cielo nocturno?
- ¿Cómo se refleja el paso del tiempo en el poema? ¿Qué efecto tiene el paso del día a la noche en la narración?
- ¿Cómo interpretas el momento en que el hablante se sumerge en el estanque? ¿Qué tipo de transformación experimenta a través de esta inmersión?
- ¿Cómo se representan las figuras del padre y de la madre en el poema? ¿Qué papel juegan en el viaje interior del yo poético?
- ¿Qué crees que significa que el hablante piense en los ojos enterrados de su madre mientras observa el cielo junto a su padre?
- ¿Qué relación tiene la idea de hundirse y dejar de flotar con la desconexión del mundo o el olvido? ¿Qué nos dice sobre su estado emocional?

- ¿Qué significado tiene la referencia al *Paraíso* de Dante? ¿Por qué crees que se menciona la falta de sonidos en esa obra? ¿Cómo conecta esta referencia con el silencio que envuelve la inmersión en el agua?
- Al final, se dice que «las cosas siguen igual, pero nadie me reconoce». ¿Cómo interpretas esta frase? ¿Es un regreso literal o simbólico?
- ¿Cómo cambia la percepción del mundo después de la inmersión? ¿Qué significa que disfrute del sol después de haber estado «metido en el agua tanto tiempo»?

2.3. Siguiendo el modelo que aparece a continuación, elabora un texto donde organices a modo de comentario literario todas las conclusiones que hayas ido teniendo. Cuida la redacción, el rigor analítico y trata, en la medida de lo posible, de plasmar tu propio estilo en la escritura.

Modelo de comentario

«El tanque australiano» es un poema que, a primera vista, presenta una transparencia aparentemente sencilla, pero al desglosarlo revela capas de simbolismo y reflexiones profundas sobre el paso del tiempo, la muerte y la memoria. Este análisis se centrará en su estructura, temas y sus conexiones intertextuales.

En cuanto a la estructura, el poema adopta un tono introspectivo que sugiere una meditación a través del uso del espacio natural y las acciones cotidianas. La escena inicial del viento que mueve las paletas del molino establece un vínculo simbólico con la fuerza del tiempo: el molino extrae agua, un recurso vital, de la misma forma que el paso del tiempo extrae recuerdos y experiencias del inconsciente del hablante.

Uno de los ejes temáticos más importantes es el agua, que aparece en varias formas: turbia al principio, como símbolo de una memoria agitada o inestable; clara y reflexiva a medida que cae la noche, como un espejo en el que el hablante y su padre observan el cielo y las constelaciones. El estanque se convierte en un espacio liminal, una frontera entre la vida cotidiana y una realidad más trascendental. Es en este punto donde la naturaleza, encarnada en las estrellas como la Cruz del Sur y el Puñal de la Mazorca, se convierte en una guía hacia lo eterno.

La presencia del padre, una figura que apunta y nombra las estrellas, contrasta con la madre, cuyo rostro y ojos están «ya enterrados». La mención a la madre enterrada introduce la muerte como un hecho consumado, un vacío inevitable. Aquí, el poema hace una sutil transición de una experiencia sensorial (la mirada al agua y las estrellas) a una reflexión sobre la pérdida y la memoria, un punto clave que podría ser interpretado como la necesidad humana de encontrar sentido en lo cósmico y lo eterno frente a lo finito.

El punto culminante del poema se encuentra en la inmersión del hablante en el agua, una escena que claramente evoca un descenso a los confines del inconsciente o incluso de la muerte. Esta inmersión sugiere una muerte simbólica, una disolución del «yo» en el agua que, paradójicamente, está vinculada con una posterior reemergencia. El paralelismo con *La divina comedia* de Dante es notable, especialmente con su referencia al «Paraíso», donde el silencio reemplaza cualquier descripción sonora. Aquí, el silencio del agua, de la inmersión, y del tiempo que se suspende, contrasta con la cacofonía de ladridos, grillos y el ruido de fondo de la vida cotidiana en los primeros versos.

El poema cierra con una sensación de alienación y extrañamiento. Tras resurgir, el yo poético descubre que las cosas siguen igual, pero él ya no es reconocido. Este es un tropo clásico del retorno del héroe después de una odisea, aunque aquí no hay gloria ni reencuentro: es un regreso en el que la vida ha seguido sin él. El parque, junto al cementerio, refuerza el tono de duelo, no solo por la madre, sino por una vida perdida, una identidad diluida en el agua del tiempo.

En términos de intertextualidad, el poema recuerda las meditaciones de Borges sobre el tiempo cíclico y el destino, así como las reflexiones de Juan L. Ortiz sobre la naturaleza como espejo de lo humano. Además, la circularidad del horizonte inalcanzable evoca ideas nietzscheanas del eterno retorno. La bicicleta, el camino de tierra y las veredas cubiertas de grama añaden un toque de nostalgia rural que también conecta con la poesía argentina contemporánea, donde lo cotidiano y lo cósmico se entrelazan.

En resumen, «El tanque australiano» es un poema que explora el paso del tiempo, la muerte, y la memoria a través de símbolos naturales y acciones cotidianas. La circularidad de la estructura y los elementos espaciales refuerzan una visión en la que el tiempo parece fluir de manera ininterrumpida, borrando las identidades y los recuerdos, mientras que el

hablante emerge de su viaje en el agua transformado, pero invisible para el mundo que dejó atrás.

CARA A CARA («LAS DIFERENCIAS ENTRE MI PADRE Y KEROUAC»):

En el poema «Las diferencias entre mi padre y Kerouac» el yo poético hace un interesante paralelismo especular entre su padre y el escritor estadounidense Jack Kerouac.

Actividad

3.1. Los alumnos os dividiréis en dos grupos. Uno investigará sobre Jack Kerouac, su vida, su obra y su influencia en la generación Beat. El otro grupo investigará el contexto histórico y político del padre descrito en el poema (Perón, el peronismo, la sociedad argentina de la época). Seguidamente, cada grupo hará una exposición en clase sobre los dos personajes y sus diferencias. Sería muy interesante reflexionar sobre cómo influyen el contexto sociocultural y político en la construcción de la identidad de ambos.

3.2. La ironía: En parejas, los estudiantes identificaréis frases donde se perciba ironía, como «Papá tenía una bicicleta roja: eso es viajar» y «se habrían reído mucho». Después discutiréis sobre el propósito de esta ironía y cómo afecta al mensaje del poema.

3.3. Creando: En el poema se fabula con un posible encuentro entre el padre y Kerouac:

> Creo que si un cruce misterioso
> los hubiese reunido en la mesa de algún bar
> se habrían reído mucho.

Vamos a imaginar ese encuentro y a escribir un breve texto dramático que lo recree imaginando cómo podría ser la conversación entre ambos. Incluye una acotación inicial describiendo la escena, piensa cómo se iniciaría el diálogo, cuál sería su tono, si hay incomodidad, interés, alguna emoción que aflore a lo largo de la charla… Incluye detalles sobre su lenguaje corporal, sus pausas… El diálogo debería tener entre diez y veinte líneas. Intenta ser original, pero manteniendo la coherencia.

¿QUÉ ES POESÍA? («LAS DIFERENCIAS ENTRE MI PADRE Y KEROUAC»):

Muchos de los poemas de Daniel Calabrese tienen la apariencia de una historia, de una breve narración («Los sonidos inaudibles», «Una carrera con Platón», «El tanque australiano», «Ceda el paso», «El lingote de hierro», «Segunda», «Yo le di muerte a una torcaza» …), pero están dotados de un sencillo pero poderoso lenguaje poético y de una carga simbólica que les hace trascender de la anécdota particular. Vamos a acercarnos a dos de sus poemas para tratar de encontrar algunas de estas claves.

Actividad

4.1. Lee con atención el poema «Mi madre metió un pie en el barro» tratando de fijarte en ese uso lírico del lenguaje, donde las palabras adquieren significados diferentes al del uso cotidiano (metáforas, sinestesias…). Igualmente, presta atención a su musicalidad (repeticiones, paralelismos, pausas versales…).

4.2. Este poema ofrece una serie de recursos literarios que intensifican su tono nostálgico y evocador. Seguidamente aparecen algunos ejemplos de figuras literarias utilizadas en él. Explica en qué consiste cada una y justifica su uso siguiendo el modelo.

- *pesaba mucho más que los astros* (hipérbole)

  Una hipérbole es una exageración desmesurada. Al decir que «pesaba más que los astros» no se refiere literalmente a su peso físico, sino que está intensificando la idea de que su carga emocional o psicológica era abrumadora. El uso de esta hipérbole añade dramatismo y refleja la dificultad y hasta imposibilidad de huir, atrapado por el peso de sus experiencias o emociones.
- *la noche llovía sobre las cosas* (personificación)
- *Tenía las mejillas hirviendo como si me hubiesen tirado agua encendida* (hipérbole / símil)
- *La noche llovía sobre las cosas y las cubría de tinta* (metáfora)
- *El olvido es otra sombra* (símil)
- *La memoria permanece como las luces fugaces del cielo* (símil)
- *Le pedí que me lleve* (anáfora)
- *Yo era casi un anciano* (paradoja)

4.3. Uno de los elementos consustanciales a la poesía es su musicalidad. En el poema «Los demolidos» el poeta utiliza estos recursos no solo para darle una estructura sonora, sino para profundizar en la sensación de descomposición, reflejando la forma en que tanto lo material como lo personal se desmoronan. La musicalidad aquí, más que estética, está al servicio del contenido trágico, enfatizando la lenta pero constante demolición del entorno y del ser. Vamos a tratar de descubrir ahora algunos de los recursos utilizados por el autor para crear esa atmósfera.

Lee atentamente el poema «Los demolidos» y responde a las siguientes preguntas, identificando y explicando los recursos literarios que contribuyen al ritmo y a la musicalidad. Desarrolla cada respuesta con ejemplos precisos del texto y justifica tus análisis con argumentos claros:

- Identifica ejemplos de repetición en el poema y explica su efecto sobre el ritmo.
- Encuentra y analiza una anáfora. ¿Cómo influye en la estructura rítmica?
- Localiza un pasaje con paralelismo. ¿Qué efecto crea esta figura sobre la musicalidad?
- Señala un verso o pasaje en el que se aprecie la aliteración. Explica el impacto de los sonidos repetidos en la atmósfera del texto.
- ¿Dónde se puede percibir una onomatopeya implícita? ¿Qué sonidos de la demolición se evocan mediante las palabras?
- Identifica un ejemplo de encabalgamiento y describe cómo contribuye a la fluidez o fragmentación del ritmo.
- ¿Qué efecto tiene la alternancia de versos largos y cortos?
- Reflexiona sobre cómo el uso de metáforas en el poema también contribuye a su musicalidad. Señala un ejemplo y explica su impacto.

Propuesta de solución

– La repetición es una técnica que crea un efecto rítmico marcado y refuerza ciertos conceptos. En el poema, encontramos frases repetidas que evocan una sensación de inminencia y desgaste: *Se oyen taladros,*

golpes, derrumbes. Esta frase se repite, lo que contribuye a una atmósfera de colapso constante. También la repetición de la idea de destrucción, el acto de «demoler», aparece en varias estrofas, generando una estructura cíclica que refleja el proceso imparable de derrumbe tanto material como existencial.

– La anáfora, que consiste en la repetición de una o varias palabras al comienzo de versos consecutivos, es utilizada en *Van a demoler la calle, / van a demoler las ventanas*. La reiteración del verbo «van» refuerza la inevitabilidad de la demolición, marcando un ritmo regular que guía la lectura.
– El paralelismo también contribuye al ritmo, presentando estructuras sintácticas similares en diferentes versos. Esto se puede observar en *Golpes de luz en el agua, en la piedra. / Golpes a la belleza de Dios y los perros violentos*. La estructura repetida produce una resonancia que imita la sensación de martilleo, aportando una sonoridad regular.
– La aliteración, o repetición de sonidos similares, contribuye a la musicalidad, en especial con la repetición de ciertos fonemas que imitan los sonidos de destrucción: *Taladros, golpes, derrumbes*. La repetición de la «r» y «d» imita los ruidos duros y metálicos asociados a la demolición.

  Cae un muro y parece caer el soporte numérico del universo: la repetición de los sonidos «c» y «r» evoca el eco del derrumbe.
– Aunque no hay onomatopeyas explícitas, algunos términos evocan auditivamente los sonidos de la demolición, como «estruendo» o «golpes». Estos términos no solo describen el ruido, sino que lo hacen audible a través del ritmo y la elección de palabras.
– El encabalgamiento, donde el sentido de un verso continúa en el siguiente sin una pausa clara, otorga al poema una fluidez que contrasta con la temática de fragmentación. Aparecen varios encabalgamientos, ninguno de ellos especialmente abrupto. *Hay un tipo sobre el andamio / que bordea de noche el precipicio*. El salto entre versos genera una sensación de continuidad, algo que puede interpretarse como una metáfora del tiempo que sigue fluyendo a pesar de la demolición. También el encabalgamiento puede jugar con la propia disposición física que describe, dejando al «tipo sobre el andamio» en un verso superior.
– La alternancia entre versos largos que permiten una reflexión más profunda y otros más breves, que cortan el ritmo y lo hacen más abrupto: *Taladros, golpes, derrumbes. / Hay humo*. Los versos cortos, casi

telegráficos, enfatizan la brusquedad de la situación, mientras que los más largos ofrecen espacio para la elaboración lírica.

– La metáfora en este poema no solo es conceptual sino también sonora. Por ejemplo: *Antes sonaban las guitarras y los relojes*. La idea de la música de las guitarras desapareciendo da un indicio de la pérdida de la armonía en el mundo, mientras que los relojes detenidos suprimen el compás del tiempo.

intemperies o una piedra colgando de las nubes,
nº. 1 de la colección *Especulares: Poesía iberoamericana,*
terminó de imprimirse en los talleres de Control P
el 7 de abril de 2025, el mismo día en que nació,
en 1889, la poetisa chilena Gabriela Mistral,
ganadora del premio Nobel de Literatura en 1945.

ISBN 978-84912731 34

INTEMPERIES O UNA PIEDRA COLGANDO DE LAS NUBES

intemperies o una piedra colgando de las nubes inaugura la colección *Especulares: Poesía iberoamericana*, la cual acoge, con esta primera entrega, la poesía de Víctor Rodríguez Núñez y Daniel Calabrese. En Rodríguez Núñez la creación poética se manifiesta desde una conciencia que excede al individuo y a la humanidad entera, como si el mundo hablara a través de su voz. Es en sí misma un *nous*, en la acepción griega de mente cósmica, aquella energía que pone en movimiento a las partículas infinitesimales que componen todo el universo, donde armonizan lo heterogéneo y los opuestos naturales. Mientras que la obra de Calabrese confirma que la poesía es una forma definida del conocimiento. No se suele reconocer que este arte esencial no solo es anterior a la ciencia, sino además que conserva su función en nuestro tiempo, al revelar los entresijos de la subjetividad humana. Como en el texto "Contarle la foto a un ciego", el sujeto poético de Calabrese trata de hacer ver algo a sus lectores, invidentes por efecto de las normas sociales y culturales, de los credos e ideologías.

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA
UEX